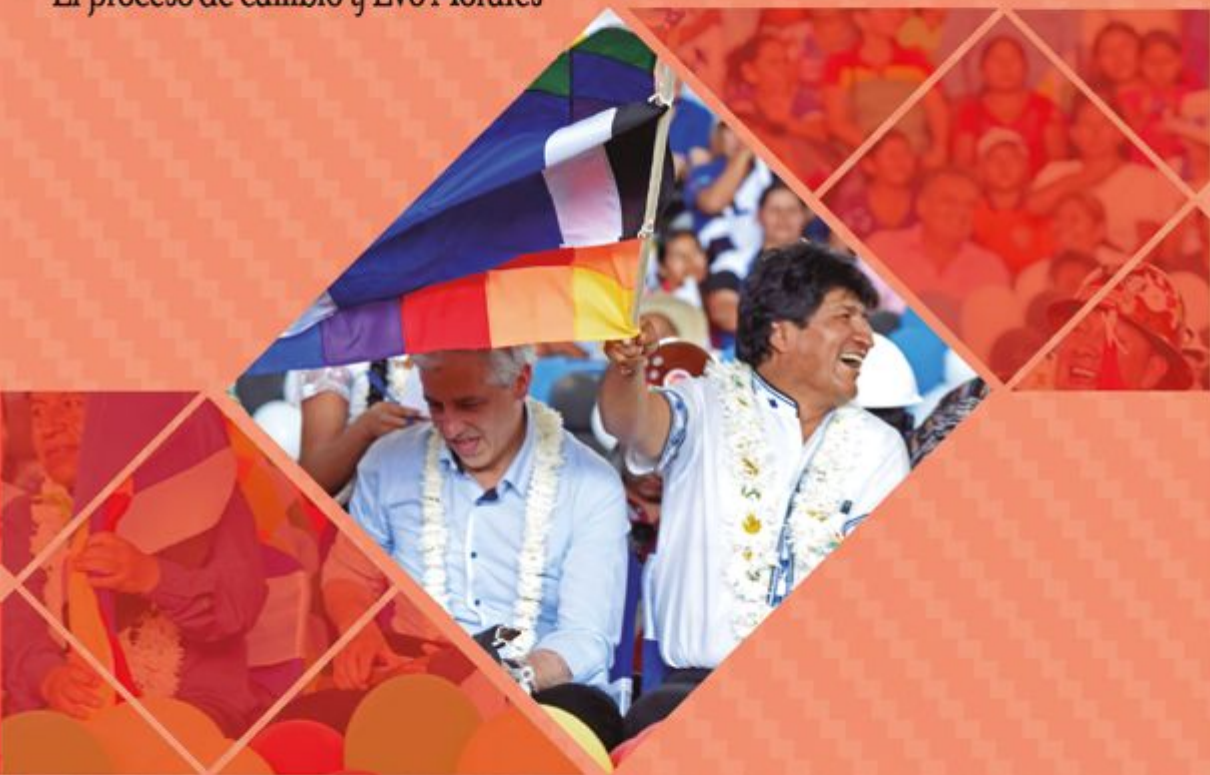




Vicepresidencia del Estado
Presidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional
BOLIVIA

Bolivia: de la Victoria Electoral a la Construcción Revolucionaria


El proceso de cambio y Evo Morales



DGFC

DIRECCIÓN GENERAL DE FORTALECIMIENTO CIUDADANO

Nº 2

A man wearing a large black hat and a white shirt with a floral pattern is speaking into a microphone. He is in profile, facing right. The background shows a large crowd of people and a building with classical architectural features. A rainbow flag is visible in the crowd.

© Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia
© Dirección General de Fortalecimiento Ciudadano

Contenidos:

Juan Carlos Pinto Quintanilla

Creación de elementos pedagógicos:

Melquiades Rafael Heredia

Edición:

Daniela Franco

Diseño y diagramación:

Alejandro Chuquimia

Fotografías:

Enzo de Luca - ABI

Depósito legal:

4-2-879-16 P.O.

Redes sociales:

E-mail: la.migrana@vicepresidencia.gob.bo

Portal web: migrana.vicepresidencia.gob.bo

Facebook: La Migraña

Distribución gratuita

Impreso en Bolivia

2016

**BOLIVIA: DE LA VICTORIA ELECTORAL
A LA
CONSTRUCCIÓN REVOLUCIONARIA**

El proceso de cambio y Evo Morales

1. El marco constitucional de la transformación.....	7
1. Aprendiendo a reconocer lo que somos.....	7
2. El camino constituyente.....	9
3. Los sentires de la historia.....	11
4. El contexto del proyecto político.....	13
5. La propuesta conservadora de los pocos.....	15
6. La propuesta de la mayoría.....	17
7. Los sueños-realidades del camino.....	18
8. Los contenidos constitucionales del horizonte político.....	19
2. Las dificultades para cambiar el país.....	25
1. La sombra de la colonización.....	25
2. Las culpas de los pobres e indios.....	26
3. Aprender a ser gobierno.....	28
3. Instrumento político y Estado Plurinacional.....	31
1. Construcciones hegemónicas movimientistas.....	31
2. La herencia de las izquierdas.....	33
3. MAS-IPSP, el instrumento de los movimientos sociales.....	36
4. El MAS y el Estado Plurinacional.....	38
5. La estructura orgánica del instrumento.....	41
6. El liderazgo evista.....	42
4. Los conflictos y la democracia.....	49
1. El sentido de los conflictos. Tensiones creativas y destructivas.....	49
5. Apuntes reflexivos finales.....	59
1. El liderazgo evista.....	59
2. Democratizar la democracia con más participación.....	60

El texto que les presentamos a continuación pretende proporcionar un balance del contexto en el que el proceso de cambio se ha desarrollado estos once años. Condición necesaria para remontarse todavía más atrás en nuestra historia y entender que lo que ocurre en Bolivia, sólo podría ser producto de variables que fueron capaces de dar forma a este momento de transformación que seguimos viviendo en el país. Seguramente, muchos pensarán que no tiene sentido referirse al pasado, porque “no nos podemos seguir dividiendo”, sin embargo, no se puede perder de vista que en el recuento histórico está el sentido de la lucha por la identidad de nuestros pueblos, y en las condiciones actuales esa historia se convierte en una especie de “duelo”, en el sentido freudiano, que señala que este es un momento necesario de recuerdo y de negación para construir la afirmación propia que nos ha sido negada por tanto tiempo.

Este texto no es neutral –como nada lo es– y por ello en él se encuentra una clara apuesta por la profundización del proceso revolucionario que vivimos, porque creemos que es un momento único y constituyente en el que todos y todas debemos participar para cumplir el sueño revolucionaria. Es así que enfrentamos a las oposiciones que sin discurso propio ni cabeza pretenden defenestrar lo avanzado, pero también a los críticos académicos que fácilmente se colocan en el umbral opositor a nombre del “purismo” revolucionario, que lo único que expresa son sus propios espacios de poder en disputa con otros protagonismos.

Sin embargo, tampoco buscamos justificar plenamente al Estado, que ha cometido numerosos errores, muchos de los cuales –como se explica– son parte de este transitar por crear lo diferente y lo incluyente. Expresamos la voluntad de aprender y rectificar para conti-

nuar avanzando, que pasa por la capacidad de asumir al conjunto de la población, y principalmente a los movimientos sociales, no como beneficiarios de las políticas públicas, sino como protagonistas que deben ser parte permanente de las decisiones. Quizás por eso este documento a algunos les parecerá irreverente, en tanto pretende mirar y señalar temas que aún se deben construir o discutir desde la auto-crítica; mientras que para otros será condescendiente, simplemente porque es un texto militante del proceso revolucionario boliviano, que así como necesita de una militancia activa, requiere con la misma fuerza que se lo critique y se delibere para construir colectivamente los rumbos revolucionarios que nuestro país ha decidido, desde el voto de apoyo hasta la movilización permanente.

El marco constitucional de la transformación

1. Aprendiendo a reconocer lo que somos

Bolivia es un país mayoritariamente indígena, el 62% (INE, Censo 2001) y aún el 42% (INE, Censo 2012) de los ciudadanos que asumen ser parte de una identidad originaria lo hace a través del auto reconocimiento, lo que quiere decir que el orgullo de ser diferente y multicultural ha crecido, a la par de un proceso de interpelación al Estado por la histórica exclusión de la mayoría. El Estado excluyente del pasado fracasó en impulsar una ciudadanía sustentada en el hecho de la igualdad de todos los bolivianos ante las leyes, porque en los hechos éramos tratados diferente, vivíamos diferente y sentíamos la exclusión de nuestra diversidad y de nuestra cultura, que nunca habían sido tomadas en cuenta.

Paralelamente, este proceso histórico creó dos sistemas económico-políticos, que a pesar de estar obligados a la convivencia, desarrollaron formas excluyentes de coexistencia. Existen pedazos de Bolivia que tienen una lógica liberal, que

toma sentido a través del mercado y la propiedad individual, junto a una democracia representativa que se expresa a través de la libre concurrencia en comicios electorales donde los partidos son los principales actores.

Pero, también existe la otra lógica comunitaria de la convivencia y de la toma de decisiones, que ha permanecido en la semiclandestinidad, sobreviviendo a pesar de la represión, la persecución y la imposición autoritaria. Esa lógica se originó en la forma primaria de los ayllus y comunidades, que se ha impregnado en la forma gregaria en



la que gran parte del pueblo boliviano toma sus decisiones; nos referimos a las juntas de vecinos, asociaciones o gremios –que son otra forma de identidad política no reconocida–, que con los movimientos sociales empiezan a recuperar el protagonismo político sin intermediaciones partidarias.

El temor al desmembramiento territorial, y particularmente a que la diversidad indígena pudiera avasallar la autoridad de un Estado descentralizado, ha hecho que históricamente los sectores dominantes se decidieran por un Estado centralizado que mantuviera el monopolio de los hilos del poder. En la guerra de 1899, que enfrentó a la conservadora Sucre con la liberal La Paz, parte de las consignas de los vencedores liberales se dirigían a la federalización del país, pero el levantamiento y demandas propias del movimiento indígena, a través de Zárate Willka, los “persuadió” a que coincidieran con los conservadores y mantuvieran un Estado centralizado que los protegiera de la “turba indígena”.

La excesiva concentración geográfica de los poderes del Estado impidió que el desarrollo nacional sea equitativo en todas las regiones del país, generalizó la corrupción en el funcionamiento estatal y privilegió nuestra relación dependiente primaria exportadora con el mundo, pero durante la vigencia del Estado

liberal y republicano no tuvo mayores percances. Sin embargo, cuando el poder central entró en crisis y los representantes de los grupos de poder del oriente (que se encontraban muy bien representados en los ministerios de todos los gobiernos de turno) perdieron el gobierno, se atrincheraron en los poderes locales y departamentales para combatir el “centralismo” que ellos mismos habían creado.

Estos son los temas que históricamente se incubaron en la estructura excluyente del Estado republicano y que irrumpieron en la vida del pueblo a través de las políticas neoliberales



de los gobiernos que se sucedieron a partir de 1986, profundizando las contradicciones y la miseria del pueblo. Pero desde el año 2000, el movimiento indígena encabezó movilizaciones que expresaban el agotamiento de la propuesta política económica neoliberal e interpelaban en las calles y las comunidades a los regímenes centralistas, que

optarían por la represión y la muerte hasta que los presidentes –que pretendieron salvar la estructura de poder vigente– fueron echados por el pueblo, dándose curso de forma democrática a la victoria electoral de Evo Morales junto a la convocatoria a la Asamblea Constituyente, como señal de un cambio revolucionario en Bolivia.

2. El camino constituyente

El proceso de la independencia, que finalizó con la fundación de la República, se sostuvo en muchos pueblos originarios que ofrendaron su vida,

pero a los que no se considera como protomártires, porque los nacientes libertadores soñaban con una República criolla, sin indios; eso se vio reflejado históricamente desde la primera Constitución Política del Estado (1826) hasta el año 1956, cuando recién se instituye el voto universal en Bolivia.

A lo largo de esa historia republicana encontramos que las Constituciones, modificadas a gusto y capricho de caudillos y políticos –conservadores o liberales–, mantuvieron y “constitucionalizaron” la exclusión. Los llamados “ciudadanos”, aquellos hombres nacidos en el país, mayores de 21 años o casados, que sabían leer y escribir y “no estaban sujetos a otro en calidad de servidumbre”, eran apenas el 5% de la población. Con argumentos que provenían de la Europa esclavista y que en la Colonia se habían institu-



cionalizado, se negaba a los pueblos originarios su calidad de ciudadanía y de personas, para asumirlos como menores de edad, necesitados del tutelaje de un patrón que decida por ellos. Las condiciones de ciudadanía sólo podían ser llenadas por el criollaje, que sabía que únicamente la continuidad del régimen colonial respecto a los pueblos originarios preservaría sus intereses como nuevos dueños de la República.

Por tanto, en el pueblo más indio del continente la lucha por la autodeterminación de los pueblos indígenas y originarios fue una demanda permanente contra la colonización que se mantuvo más allá de la misma Colonia, se hizo parte de las estructuras republicanas y definió la relación del Estado con el conjunto popular. Las luchas, los levantamientos, las insurrecciones; pero también las masacres y la estructural exclusión de la mayoría se hicieron parte de nuestra historia, que parecía no tener retorno en el contexto liberal y de la globalización, pero sí en la memoria ancestral de los pueblos originarios de nuestro país. Por eso, no fue casual que en los años 90 los pueblos indígenas del oriente organizaran esa gran marcha de cientos de kilómetros desde sus comunidades hasta La Paz, pues en realidad estaban detonando un proceso acumulativo de abandono y explotación que fue una constante en nuestra vida republicana.

La consigna de una Asamblea Constituyente apareció y empezó a erigirse como un símbolo de cambio más allá de la comprensión técnica de su significado. Desde entonces, los sectores dominantes de Bolivia, como siempre lo habían hecho a lo largo de la vida republicana, se negaron a aceptar que fuese una posibilidad de mayor democratización para el país, ni siquiera tomando en cuenta el contexto latinoamericano, pues casi todos los países vecinos habían buscado la constitucionalización de ese recurso como una manera de recuperar la legitimidad del sistema sin perder el poder. En Bolivia, las élites habían realizado más de 18 transformaciones constitucionales a través de Asambleas o Convenciones Nacionales; la ausencia fundamental estuvo en la representación y consulta del pueblo, que se constata en la historia de exclusiones y colonialismo que hemos vivido.

A lo largo de este proceso, siempre cruzado por las luchas populares e indígenas, los temas de Estado fueron un asunto exclusivo de los sectores dominantes, que mediante gobiernos militares o de la naciente democracia liberal instituida constitucionalmente, sólo optaron por realizar la reforma constitucional de 1994, propuesta por “notables” que, a más de frenar la creciente resistencia al neoliberalismo, institucionalizó sólo “nominalmente”

demandas y reclamos que hacen a la identidad profunda de la República.

La reivindicación de los pueblos originarios, presente a lo largo de nuestra historia, toma forma política en los últimos años ante la crisis sin salida del neoliberalismo como sistema económico y la crisis de representación política de partidos y gobernantes, que no gestaron un proceso democrático incluyente. Nuevos liderazgos y movimientos sociales, que en algunos casos asumieron formas institucionalizadas de participación

política, fueron los cursos nuevos que de forma convergente sitiaron al Estado que sólo acudió al recurso de la represión y la muerte.

El 18 de diciembre de 2005 concentra todas esas energías de cambio, descolonización y construcción de un nuevo país. Una de las primeras tareas, mientras se busca institucionalizar una nueva forma de gobernar, es marcar las nuevas reglas de funcionamiento para el Estado y el conjunto de la nación a través de la Asamblea Constituyente.

3. Los sentires de la historia



La versión oficial de la historia se la cuenta a las nuevas generaciones buscando crear héroes y mitos de la gloriosa República enfrentada con los españoles y con los países vecinos, mitificándola junto a sus portadores, que se transforman en los personajes “importantes” en esa historia ausente de pueblo.

Esa historia oficial se muestra como continuidad de la universal, donde las leyes y la forma de ejercer el poder son parte de un gran legado histórico depositado en los escogidos, los privilegiados, es decir, los que hicieron posible la República y su relación con el mundo. Se trata de un discurso colonizador



que exalta la relación con el mundo a pesar de los muertos y el genocidio, sin importar la condición de dependencia, subordinación y sometimiento a la mayoría en el orden mundial. Pero este discurso renovado no fue creado por el neoliberalismo, que por encima de la ciudadanía y su bienestar priorizó la relación con el mercado mundial.

Aun así, los otros, los nadies en esa historia oficial, no dejaron de contar su propia historia desde los vencidos, en permanente resistencia ante quienes los habían invadido y no sólo eso,

sino que históricamente se empecinaron en mostrar históricamente su “otredad”, el carácter subordinado y racista que tenía el acceso al poder. En definitiva, nos encontramos ante la continuidad de una guerra plenamente expresada en el conflicto de clases y en el de identidades que han hecho este país. Los unos, sometidos y rebeldes, sosteniendo su identidad subterránea e insurrecta; los otros, buscando el sometimiento sin un proyecto de país para todos.

La historia clandestina de la mayoría se afirmará en la exclusión de la que son parte, en la forma histórica de vivir el conflicto desde abajo, pero también en su peculiar forma de ser y pervivir en el espacio en su relación con los otros. Este proceso de enfrentamiento, en el que al enemigo se lo ve todos los días, hace de la política el peculiar espacio en el que se van definiendo de manera todavía más marcada las identidades propias respecto a la sociedad que se quiere... las mayorías, los pueblos sojuzgados en la transmisión oral y de habitus, le hacen sentir al conquistador republicano que no son parte de su mundo inventado, que las leyes (impuestas) sólo las sufren los oprimidos y que los proclamados cambios en realidad no existen.

En el siglo XX, la guerra silenciosa se hace cada vez más visible porque las contradicciones no pueden ser ocultadas y los representantes indígenas empiezan a aparecer en la historia oficial; en otras palabras, la historia olvidada empieza a ser socializada, compartida y a reapropiarse “del saber enterrado” como desciframiento del saber tergiversado que devela que las leyes han engañado, que los historiadores no han contado la verdad y que la ilusión creada es parte del discurso del poder para justificarse.

Este camino emprendido desde la misma Colonia se hace perspectiva política que suma y enfrenta desde los movimientos sociales la posición colonizadora de la minoría en el poder. Son los Túpac Katari, los Zárate Willka y tantos otros liderazgos indígenas que marcaron la identidad propia en el enfrentamiento, evidenciando las diferencias en la condición de guerra que los separaban de quienes los asumían como el enemigo interno. Ni los intentos ciudadanos de la Revolución del 52 ni de la democracia liberal por su incorporación pudieron desbandar los ejércitos en pugna; tam-

co las múltiples masacres sufridas o las arremetidas militares dispersaron a la mayoría que envolvía permanentemente a quienes desde el poder pretendían sostener la institucionalidad de un Estado, que en su raíz se había construido sin la mayoría nacional.

Este es el contexto en el que debemos entender el proceso que vivimos en el país, donde los aprestos de guerra (que han sido permanentes en la historia) han ocasionado en los últimos años el desgaste completo del discurso conciliador y republicano, vía neoliberalismo, en tanto no sólo se hizo evidente el deterioro de las condiciones de vida del conjunto nacional, sino sobre todo la incapacidad política de los sostenedores del poder de emitir un discurso hegemónico capaz de seguir inventando ilusiones de vida y de incorporación política. Junto a esto tenemos el crecimiento cualitativo de esa mayoría silenciosa que deja de serlo para plantear, en todas las aristas estatales, la principal reivindicación de ser ellos mismos y de que la mayoría de este país tenga el poder de reorganizarlo para la convivencia de todos los bolivianos y bolivianas.

4. El contexto del proyecto político

Bolivia ha recorrido un largo camino histórico para llegar al momento reconstitutivo marcado por la Asam-

blea Constituyente. Ha sido, a diferencia de lo ocurrido en los países vecinos latinoamericanos, un proceso

de construcción desde abajo, en el que el resultado buscado por los actores sociales no es precisamente la modificación constitucional formal, sino una perspectiva más amplia y estructural que tiene que ver con el cambio revolucionario que vive el país.

En esta perspectiva, el dilema es que el actual proceso está sustentado en sucesivas victorias democráticas, con pleno respaldo electoral, y no en la desarticulación del poder vigente a través de un proceso revolucionario. Tal situación plantea algunas vicisitudes que es necesario tomar en cuenta. En un sentido positivo, existe la posibilidad de lograr un cambio real para el país en condiciones democráticas, a través del respeto pleno a la formalidad de la mayoría absoluta impuesta en las urnas. Además, visto de esta manera, el proceso toma en cuenta a las ahora minorías reales, para lograr que participen en una adecuada proporción en las decisiones fundamentales.

En otro sentido, el de las hegemonías en construcción, encontramos que los movimientos sociales han sido capaces de lograr coherencia política en el proceso, mediante su articulación en torno al liderazgo de Evo Morales, que más que un proyecto político en el sentido clásico, expresa una reivindicación ético-política de comportamiento ante el poder, junto a la plena reivindicación del derecho

de los excluidos a ser parte de la representación de este país, que son el contenido del nuevo proyecto político.

Esta situación ha sido paradigmática en tanto la victoria plena en las urnas se convirtió en el gran reto de la gobernabilidad posible. Los siempre excluidos, encabezados por un liderazgo, son los que asumen el gobierno en medio de un conjunto de expectativas de los nadie, los siempre olvidados y pisoteados por el poder. Sin embargo, la parafernalia del poder coloca a los actores sociales ante la disyuntiva crucial de desmontar las estructuras organizativas de una forma de organización del poder, que ha sustentado a los sectores dominantes desde la Colonia, o bien servirse de las mismas estructuras, con sus operadores y formas de hacer las cosas, para “ponerlas al servicio de la causa” en la transformación que vive el país.



5. La propuesta conservadora de los pocos

Luego de las sucesivas derrotas de los sectores dominantes y de la declinación de sus líderes junto al discurso hegemónico neoliberal, la confrontación dio lugar a una derrota simbólica, cuyo desenlace se expresó en el marco institucional de las elecciones, donde las mayorías escogieron a uno de los suyos para su representación y ganaron. Los movimientos sociales le otorgaron al nuevo gobierno, como tarea inmediata y fundamental, la responsabilidad de la organización de la Asamblea Constituyente.

Aquí, una vez más se repite la representación, pues es la mayoría silenciosa la que tiene acceso a la Asamblea Constituyente. Sin embargo, esta salida pacífica a los conflictos que históricamente nos dividieron se da nuevamente en el marco de la confrontación y la guerra, que separa a los que nunca se vieron la cara sino en la misma batalla. Por eso, la primera pelea será sobre el carácter de la Asamblea. Por una parte, para las minorías del poder de siempre, que se consideraban dueñas de Bolivia y poseedoras del conocimiento, no existía otro camino más que el de la continuidad histórica de la incorporación de “algunos indios”. Mientras que para la mayoría, la Asamblea era originaria en tanto representaba un quiebre his-

tórico con lo anterior, y constituía el momento fundacional de un país con todos y todas.

El debate posterior no difiere mucho en el proceso, por cuanto las minorías en la Asamblea pretenden asumir el papel de mayorías, hablando y declarando a nombre de todos los bolivianos (como siempre), bloqueando el proceso y tergiversando su propia creencia liberal al pretender asumir el mismo poder que la mayoría en la Asamblea, utilizando los medios de comunicación y el temor de la población a un supuesto “autoritarismo”.

Pero más aún, sus propuestas sólo son retoques a la tradición constitucional de la República, porque ellos creen en la continuidad y de lo que se trata en última instancia es de incorporar algunos cuantos indios sin afectar al poder y la propiedad que “la República desde su creación les ha encomendado”. Por eso, esas minorías ya tienen preparada su propia Constitución Política del Estado, que era en realidad un recalentado de la que estaba vigente en ese entonces, porque no podían elaborar un discurso integrador que no sentían.

Para ellos, la política de “lo posible” es asimilarse lo más que se pueda al discurso democrático-liberal, man-



teniendo el señorialismo, que es el habitus del poder que prefieren. Los derechos individuales y la propiedad privada son su punto de partida y de llegada para proteger sus intereses frente a “la indiada alzada”, y apelan a recursos autonomistas y regionales frente al propio Estado centralizador que ellos mismos han creado, como una forma de reconstitución política para convencer a las clases medias y a los sectores populares regionales de que el enemigo es el centralismo autoritario del gobierno.

Además, luego de terminar arrinconados, asumen como estrategia el desgaste y se aprovechan de los

errores, asumiendo una estructural posición racista al mostrar el posible fracaso de las medidas gubernamentales no sólo como la falla del liderazgo del presidente Morales, sino como la incapacidad de los pueblos originarios representados por ese liderazgo. Los medios de comunicación, como punta de ataque, vierten cotidianamente el discurso racista y de arremetida oligárquica, junto a la acción coordinada de respuesta de sus representantes prefecturales y cívicos. Eso demuestra que su única estrategia es la oposición y la inercia de un modelo de organización social y económica que no funciona; definitivamente, la oposición carece de proyecto propio más allá del mercado, que ya probó sus terribles consecuencias a los sectores populares.

Una vez más, apelan al olvido y la pérdida de memoria de quienes siempre han estado subordinados, para reinventar la ilusión de que ahora sí la identidad regional y su defensa permitirá repartir los recursos a los más pobres. Realizan grandes movilizaciones en defensa de la tierra y la propiedad privada, encabezadas por quienes no tienen ni un metro en propiedad; emiten grandes discursos sobre la identidad departamental y regional subyugada, encabezados por políticos de profesión defenestrados

en los anteriores gobiernos por la corrupción y el acaparamiento ilícito de bienes estatales. En la Asamblea Constituyente, sus representantes hacen gala de demócratas convencidos cuando algunos de ellos habían

sido parte de dictaduras, masacres y estafas fiscales, ¡mientras acusan de autoritarismo al proceso de cambio y piensan sinceramente que “la plebe” recuperará la cordura y los volverá a elegir en nuevas elecciones!

6. La propuesta de la mayoría

Paralelamente, esa mayoría aún sorprendida por el poder, se debate entre la tradición liberal y la ruptura de las ataduras jurídicas e ideológicas que han hecho a este país. No es fácil –y la dispersión de los liderazgos individuales de la mayoría así lo demuestra– deshacerse de la sombra del conquistador y dejar de repetir lealtades a un discurso dominante, además de dejar de mostrar actitudes del opresor incorporadas en nuestro propio comportamiento, cosa que no dice demasiado de la transformación en marcha.

Por ello es comprensible la dispersión de la mayoría, que es la cresta alta de la representación de los movimientos sociales, antes que parte de una organización partidaria que representa los intereses sociales, recibe el mandato de representación, más no de empoderamiento; que en definitiva, se incorpora al proceso de cambio y se encuentra en la Asamblea Constituyente con que las

reglas le siguen siendo ajenas, que ni la lengua ni el lenguaje utilizado son parte de ella, que sus sueños y consignas no construyen todavía un proyecto alternativo, en fin, que el peso específico del cambio aún recae en la revancha, en lo que no queremos, en lo que sabemos que no funciona y no en el proyecto alternativo que reconstruya al país y al Estado (que desde una lógica comunal representa un acto de servicio desde el poder).

Todavía se tiene miedo al poder subyugado por tantos años y generacionalmente se aprende el hábito del enemigo como una forma de sobrevivencia, se continúa complotando desde las esquinas (aun cuando se es gobierno y se es mayoría), sin terminar de asumir el peso específico y la responsabilidad que implica ser el portador de sueños y utopías de los muchos que nunca tuvieron la oportunidad de decir su palabra.

7. Los sueños-realidades del camino

Sin embargo, en medio de la dispersión asoma el sentido comunitario y transformador del proceso, cuando en los foros territoriales de la Asamblea Constituyente las mayorías proponen cambios, recomiendan a los constituyentes –y los obligan en muchos casos– a un compromiso de construcción democrática diferente en relación con los mandantes, que se traduce en una nueva forma de entender la democracia y la participación en el Estado.

Más allá de los conceptos que ayudan a sintetizar los sueños están las realidades en construcción y las que ya existen desde tiempos ancestrales, que hacen a la presencia multitudinaria de las naciones y pueblos indígenas en el nuevo Estado (que han sobrevivido cientos de años a pesar de la colonización permanente), y la de los sectores populares, que han vivido las masacres por oponerse en anteriores gobiernos a la transnacionalización de nuestros recursos naturales y a la exclusión estructural de los sectores oprimidos de las obligaciones estatales en salud, educación, alimentación y otros.

Todo esto y mucho más, que los sectores populares conocen y han inscrito en documentos presentados por los movimientos sociales –que han sido demandas permanentes en la lucha–, representa el mandato que los constituyentes de la mayoría debían convertir en texto constitucional, pero más aún, dar forma unida y al mismo tiempo desconcentrada a un Estado que históricamente provocó dispersión y exclusión, y que en su nueva concepción plurinacional debía ser la esencia organizadora de la diversidad mayoritaria del país, dando lugar también a que las hoy minorías puedan



asumir el proceso de transformación para ser tomadas en cuenta con su propia opinión y participación.

En ese sentido, el proceso que aún no se termina de dibujar en el país incorpora como base esencial a lo comunitario como atributo plurinacional de la sociedad boliviana, junto a aspectos de la tradición liberal que permitan un reencuentro social entre lo diverso y lo boliviano, entre el campo y la ciudad, entre oportunidades distintas de sentirse parte del país; no obstante, a pesar de que lo fundamental está siendo planteado desde la esencia mayoritaria y que los movimientos sociales se apropian legítimamente del Estado e imprimen en el proceso su propia forma de hacer una Bolivia para todos y todas, todavía existe un transcurrir liberal en el camino de la transformación.

Por tanto, la Asamblea Constituyente y el nuevo texto constitucional son una etapa necesaria, pero no concluyente de un proceso que ya lleva cientos de años y que por la vía democrática liberal ha elegido conciliar intereses en el marco del encuentro democrático, sin olvidar la guerra histórica que

aún nos enfrenta en la cotidianidad de la exclusión y la discriminación, y que sólo podrá resolverse cuando la mayoría sea poder real y las minorías asuman su parte en el proceso de construir un nuevo país sin exclusiones, donde los nadies de siempre –la mayoría de hoy– tengan la oportunidad de construir nuevas realidades que permitan que ellos y sus hijos vivan y nazcan en un Estado que respete la dignidad de todos y el derecho a “vivir bien” (que significa aprender a vivir en comunidad con lo suficiente).

Es así que el nacimiento escrito de un nuevo acuerdo para la diversidad del país, contenido en una Constitución, ha sido la expresión de la correlación de fuerzas creada en el marco de la democracia liberal, por lo que mientras que la mayoría, históricamente sometida, atina a definir su revolución, puede vivir la tentación de reproducir el pasado cambiando los papeles. Y frente a esa posibilidad como amenaza sólo resta tener una sociedad movilizadora, deliberativa, propositiva, dispuesta a defender y luchar por lo que considera suyo: el objetivo sostenible de la revolución posible.

8. Los contenidos constitucionales del horizonte político

Bolivia es un país que está aprendiendo a aceptarse a sí mismo después de siglos de derramamiento

de sangre y de negación a causa del colonialismo, que nos enseñó a sentir vergüenza de nuestra diversidad.

Durante mucho tiempo los que se encumbraron en el poder nos hicieron creer que el ser indios era la mayor desgracia de esta tierra. Los primeros colonizadores explotaban a los indios y se preguntaban si tenían almas; en la República los consideraban como pueblos necesitados de patrones para vivir mientras imponían relaciones serviles. Incluso en los años 70, a un dictador se le ocurrió la idea de traer africanos blancos para “mejorar la raza”, poniendo de manifiesto que el colonialismo se había desplegado como la forma de dominación permanente hacia la mayoría plurinacional de Bolivia.

Nuestro país, a diferencia de los vecinos latinoamericanos, se constituyó en medio de la incertidumbre y el miedo de los colonizadores, primero criollos y luego republicanos, a tanta identidad india que los rodeaba. Por eso, tras el levantamiento de Tupac Katari, en 1780, vivirán con el trauma histórico del cerco a las ciudades y posteriormente, a partir de la Guerra Federal (en 1899), asumirán como enemigo permanente a los pueblos indios y generalizarán la exclusión para evitar cualquier tentación democrática.

Es así que durante las grandes guerras nacionales que tuvimos con los países vecinos –que las perdimos todas– fueron los pueblos indígena originario campesinos los que, como “carne de cañón”, estuvieron al frente

de las batallas, defendiendo un país del que no se sentían parte y en el que no habían sido convocados a participar. Sin embargo, fue en esos espacios en los que la diversidad de un país plurinacional se encontró y se reconoció como tal, en donde se empezaron a gestar los movimientos sociales que cambiarían Bolivia. La historia de nuestro país se encuentra plagada de dictaduras militares y democracias excluyentes, que únicamente expresaban la estructura señorial de una sociedad que jamás quiso verse en el espejo de su realidad y vivió de cara al Primer Mundo, copiando, imitando y sirviendo los intereses de esos países, conjugados con la complicidad del poder local.

Los pueblos indígena originario campesinos –la gran mayoría del país– sólo presenciaron el cambio de rostro de los patrones en los diferentes momentos de la historia, incluso los sectores progresistas que antes que reconocerlos como protagonistas les hicieron objeto de paternalismo y asistencialismo, expresiones también de colonialismo. Por ello las guerras internas fueron las más comunes en esta sociedad señorial que se defendía de sí misma frente al cerco indio. Aun así, lo indígena originario campesino tejía con los años redes sociales cada vez más extensas y precisaba cada vez de mejor manera la demanda de construir un nuevo país. Los pueblos

asumían que la resistencia era parte de su propuesta histórica y mientras más eran reprimidos, más se reconocían a sí mismos en su identidad, se afirmaban en su relación armoniosa entre ellos como comunidad y con la naturaleza, y más se diferenciaban de quienes tenían como política el odio, la codicia y el desprecio racista.

En ese sentido, la represión y el olvido como acción civilizatoria violenta tuvieron como respuesta la propuesta de aprender a “vivir bien”, de no dejar de luchar contra la opresión y la servidumbre, pero sin pensar igual que los opresores, sin odiar, discriminar, enviar y sobre todo sin explotar el trabajo del otro. Se trataba de pensar y vivir una propuesta civilizatoria completamente diferente, que haga al ser humano “comunidad” y al mismo tiempo complementario con la naturaleza.

De ahí que las grandes batallas que libraron los movimientos sociales contra el neoliberalismo se convirtieran en referentes históricos del país y del continente por la defensa de los recursos naturales y de la vida. La “guerra del agua” en Cochabamba, la “guerra del gas” en El Alto y los innumerables cercos indígena originario campesinos generarían el contexto para el derrumbe neoliberal y la posibilidad histórica de una nueva época.

La elección de Evo Morales como Presidente significó un quiebre his-

tórico en la historia boliviana y latinoamericana. Por primera vez las mayorías votaron por uno de ellos, se arriesgaron a soltarse de padrinazgos y señoríos para atreverse a construir un mundo diferente. Es así que una de las primeras medidas asumidas por el nuevo gobierno fue precisamente convocar a una Asamblea Constituyente que defina los horizontes de la nueva Bolivia. Una Asamblea que por primera vez reuniera a los representantes de la plurinacionalidad boliviana, pero al mismo tiempo a aquellas minorías que durante décadas nos habían gobernado.

La mayoría de la plurinacionalidad tuvo todo un proceso de encuentro cuando cada uno de los asambleístas se encontró con el reto de conciliar los mandatos locales recibidos, con la perspectiva de construir una visión de país para todos los bolivianos y bolivianas. Ese fue el momento fundacional, el de la diversidad empezando a tejer pedazos de historia para construir una nueva.

El Pacto de Unidad, que conglomeraba a las principales organizaciones indígena originario campesinas (CSUTCB, Bartolinas, CONAMAQ, CIDOB y CSCIB), fundamentales en la lucha antineoliberal, también aportó con sus propuestas y reflexiones sobre el proceso de cambio y se hizo presente en la Asamblea Constituyen-

te, no sólo con cerca de la mitad de asambleístas de la mayoría del MAS-IPSP, sino también con un documento de propuesta donde claramente se expuso que el *suma qamaña* (vivir bien), *ñandereko* (vida armoniosa), *teko kavi* (vida buena), *ivi maraei* (tierra sin mal) y *qhapaj ñan* (camino o vida noble) expresan las utopías andino-amazónicas y han sido una forma de vida comunitaria de resistencia al colonialismo, que hoy se quieren rescatar como propuesta frente al mundo capitalista. Por cientos de años nuestros pueblos han sobrevivido en armonía con la Pachamama y con la comunidad, las utopías han sido parte de su vida y ahora, al convertirse en el proyecto político de los pueblos indígena originario campesinos, se convierten en el camino por andar dentro de la nueva historia.

La política del consenso así como la rotación de las responsabilidades son parte de la vida comunitaria. De esta manera, a pesar del complot opositor, del racismo del que los propios asambleístas fueron víctimas, del destrozo de los bienes estatales, de la humillación de los campesinos en las calles; en definitiva, de la respuesta señorial a la propuesta comunitaria y de inclusión para el país, se aprobó la Constitución Política del Estado Plurinacional, asumiendo que somos parte de una historia republicana y liberal; pero

incorporando el horizonte comunitario del “vivir bien”, a ser desplegado y realizado por las organizaciones sociales y el Estado Plurinacional. Se ha constitucionalizado el reconocimiento de nuestra identidad plurinacional que se encuentra estructuralmente ligada a esta utopía del “vivir bien” como realidad y como tarea.

A lo largo del texto constitucional se propone la convivencia entre estas dos maneras de entender el país. Junto a los derechos individuales, que fueron un logro liberal de la Europa de la Revolución Francesa y que han sido el parámetro del constitucionalismo con el que se inauguraron nuestras Repúblicas, se incluyen los derechos colectivos de los pueblos indígena originario campesinos, que tanta lucha y sangre les han costado en el



continente para finalmente poder ser reconocidos por las Naciones Unidas. Paradójicamente, Bolivia, un país que vivió de espaldas a su realidad y que desde sus clases dominantes se limitaba a copiar el marco legislativo del Primer Mundo, con el cual vivimos la era republicana, fue el primero en constitucionalizar ese logro histórico.

Con relación a la justicia, que generalmente privilegió a los poderosos sobre los oprimidos, ahora se incorpora al ámbito constitucional, junto a la justicia ordinaria, la justicia comunitaria, que siempre fue menospreciada, pero también aprovechada por los colonialistas cuando les permitían a los pueblos usarla para resolver sus temas internos. Actualmente, la justicia “de indios” dejó de ser un folklorismo para ser parte del reconocimiento de que existen formas diferentes y plurinacionales de mejorar la convivencia y solucionar los conflictos.

De la misma forma, la representación política de los pueblos indígena originario campesinos en los órganos del Estado se constitucionalizó, y aunque muchos de esos espacios fueron posibles gracias a sus propios méritos en el marco de la equidad y la inclusión, también se han generado legalmente espacios de representación para que nunca más se los deje de lado.

Las autonomías son otro gran tema que permitió constitucionalizar el de-

recho a la autodeterminación de los pueblos indígenas, porque ellos, que vivieron durante siglos subordinados y resistiendo, hoy tienen la posibilidad de reconstruirse territorialmente en el marco del Estado Plurinacional. Sin embargo, también deberán coexistir con los otros niveles de autonomía y sobre todo, después de siglos de colonización, volver a inventar un mundo propio desde la identidad y la no dependencia.

Otro espacio fundamental en donde participan es el de la economía comunitaria que, en el marco de la economía plural reconocida por el Estado Plurinacional, implica el reconocimiento pleno de una economía de la vida que ha sobrevivido casi en la clandestinidad, permitiendo que los pueblos subsistieran compartiendo la pobreza en la que los había sumido esa suerte de colonización permanente de las oligarquías. El gran reto es que el fortalecimiento de esta economía desde la comunidad sea una respuesta humana e histórica frente al capitalismo, que además de ampliar intensivamente la explotación del trabajo, está exterminando los recursos del planeta. Pero quizás lo más importante, que de alguna manera está expresado en el espíritu constitucional, es que los pueblos indígena originario campesinos son parte incluyente del país y parte constituyente del Estado Plurinacional.

Idea Fuerza:

1. La excesiva concentración geográfica de los poderes del Estado impidió que el desarrollo nacional sea equitativo en todas las regiones del país, generalizó la corrupción en el funcionamiento estatal y privilegió a grupos de poder del oriente, pero cuando el poder central entró en crisis, se atrincheraron en los poderes locales y departamentales para combatir el “centralismo” que ellos mismos habían creado.
2. A lo largo de la historia republicana los caudillos y políticos –conservadores o liberales, mantuvieron y “constitucionalizaron” la exclusión, que negaba a los pueblos originarios su calidad de ciudadanía y de personas, las condiciones de ciudadanía sólo eran reconocida a los criollos.
3. La lucha por la autodeterminación de los pueblos indígenas y originarios fue una demanda permanente contra la colonización que se mantuvo más allá de la misma Colonia; por tanto, la consigna de una Asamblea Constituyente apareció y empezó a erigirse como un símbolo de cambio más allá de la comprensión técnica de su significado.

Actividades:

1. En grupos de trabajo (el número depende del número de participantes, recomendable hacer grupos de 5 a 6 personas), caracterizar el país a partir de la diversidad cultural y el proceso de interpelación.
2. En plenaria realizar una comparación en la composición de los asambleístas de 1825 y de 2006, tomando en cuenta los criterios de elección de los asambleístas.
3. Generar un análisis a través de la pregunta: ¿Cuál fue el contexto histórico para llegar al momento constitutivo de la Asamblea Constituyente?

1. La sombra de la colonización

Luego del primer periodo de gobierno de Evo, del primer tiempo de la nueva Constitución, las expectativas han cambiado y también los actores. No hablamos del mismo pueblo que se alineaba en contra del neoliberalismo para llevar al poder a uno de ellos, como corolario de una serie de luchas movilizadas e ideológicas frente a una larga historia colonial que claramente había sesgado al país entre quienes tenían el poder de la propiedad y la decisión, y quienes contaban sólo con sus propias vidas como riqueza. Ese momento encontraba al pueblo en un proceso descolonizante, en busca de su propia identidad como plurinacional junto a un liderazgo que escuchaba voces y establecía tareas para avanzar. La Asamblea Constituyente fue precisamente eso, un enorme y multitudinario coro de sentimientos encontrados que debían tener asidero en la razón constitucional, que era la de los que históricamente habían normado Bolivia.

Por eso este río de confluencias emotivas, que tenían una fe histórica en el

cambio posible, se choca una y otra vez con la terca realidad de un mundo dibujado a imagen y semejanza de los conquistadores. Además de la expresión abierta de la explotación-dominación, también los códigos del lenguaje, la escritura, la presencia y el protocolo son formas simbólicas que imponen poderes invisibles a quienes siempre vivieron bajo ese mundo de patrones. Todas esas formas definen y someten ideológicamente a los dominados, y el flujo social de los colonizados aparentemente sólo se mueve en torno a quienes se resignan a lo establecido y pugnan por parecerse a los dominadores para lucir menos pobres. Esta sombra colonial es también constitutiva de quienes históricamente tuvieron la propiedad y el poder, que quieren parecer cosmopolitas y alardear de su apellido extranjero o de abolengo colonial para ganar prestigio social en un mundo que nunca dejó de ser señorial.

En toda esta historia dominante, los pobres eran seres sin pasado o más aún parte de un mito denigrante que los

encuentra en tal condición por flojos o viciosos para justificar plenamente en el ideario señorial no sólo la razón de su pobreza, sino también la necesidad de que alguien los dirija en esa peculiar condición colonial de ser vistos como menores de edad. Desde esta óptica, los pobres no tienen historia y viven desgracias que sólo la religión oficial es capaz de explicar como efecto de la gracia divina, para convertirlos en objeto de compasión y caridad. Estos fueron y todavía son los equilibrios ideológicos de la Bolivia señorial.

La izquierda, al hacer del conocimiento un privilegio señorial de quienes tenían posibilidad de estudiar y leer, relegando a la militancia popular a ser soldados de blancoides secreta-

rios generales, no escapó de este influjo. También el proceso de politización, que encontró a las izquierdas en las minas, generó una clase obrera sin identidad indígena-originaria, más bien diferenciada socialmente de los pueblos indígena originario campesinos como parte del racismo incorporado, pero ideológicamente apoyada en un marxismo de receta que relegaba a la mayoría del país a ser furgón de cola de la vanguardia proletaria. El trotskismo porista finalmente resolvió el dilema de forma peculiar después de la instalación neoliberal e hizo del partido la vanguardia proletaria ante la ausencia obrera, y dentro el partido proletario le dio el mando a las clases medias.

2. Las culpas de los pobres e indios

Más allá de tutelajes coloniales de derecha o de izquierda, ¿por qué los pobres con identidad indígena originaria campesina y popular son los protagonistas de la revolución? ¿Es un cliché del romanticismo marxista o más bien del indianismo esotérico? ¿Estamos idealizando la capacidad transformadora de esta identidad plurinacional convertida en movimiento social? Quizás sean algunas de las preguntas que nos asaltan y que han empezado a ser respondidas desde el inicio del gobierno del

presidente Morales, desde el habitus funcionario o de la oposición minimizada, cuando se sostuvo que no podíamos ser un país gobernado por indios y que el conocimiento y la clase, junto a la capacidad de gobernar, eran “genéticamente constitutivos”.

Pero lo que es más preocupante aún es que desde el coro del cambio empiecen a sonar voces parecidas, que reclaman su espacio de poder en disputa con la representación indígena originario campesina y popular, con

los mismos argumentos de la jerarquización del conocimiento, que son más bien razones de clase. Esto sucede cuando empieza a cuestionarse la representación plurinacional en los órganos de Estado como parte de la ineficacia estatal; cuando los medios de comunicación mencionan la corrupción como un tema de los miserables tentados por lo que no tienen, sin recordar a los políticos millonarios que fugaron del país con patrimonio estatal (no sin antes hipotecar nuestros recursos naturales); cuando se cuestiona la redistribución de recursos en la forma de bonos a los más pobres, producto del ahorro del Estado, en lugar de destinarlos a la inversión productiva; en fin, cuando los más pobres demandan trabajo y se les acusa de “peguistas” en vez de gente con “poder político”, como ocurría en los anteriores gobiernos. Es decir, una vez más se han reinventado los argumentos de la discriminación interna que se ha institucionalizado en nuestra cotidianidad.

Los pobres dentro del capitalismo siempre han sido objeto de velado desprecio mientras se explota intensivamente su fuerza de trabajo. Para los gobiernos en democracia son votantes y objeto de políticas públicas o sujetos de caridad, y en algunos casos beneficiarios de esas políticas; pero nunca protagonistas de una transformación, porque eso es peligroso para el siste-



ma en donde los roles y las jerarquías están establecidos. Por eso en Bolivia están ocurriendo “locuras” y los “locos” no saben aún qué es lo siguiente que harán. Los pobres están reconstruyendo su identidad, las riquezas del capital estatal se están repartiendo en ellos mismos, están llenando los espacios públicos de plurinacionalidad; los pobres están hablando, vistiendo, siendo ellos mismos ante la mirada condenatoria de la élite señorial y una buena parte de las clases medias, que sólo atinan a calificar de prepotencia y venganza el derecho de los pueblos a sentirse protagonistas de la refundación de este país.

Ahora bien, los pobres como humanos se equivocan y además históricamente la colonización los ha cargado de la culpabilidad del atraso y la miseria de esta tierra, para liberar de culpa

a quienes “no cometieron delitos sino errores” en la función pública de tantos gobiernos señoriales que defenestraron nuestra patria. Cuando olvidamos y disculpamos la historia señorial que queremos cambiar, cuando seguimos reproduciendo las formas y há-

bitos de poder en la función pública, cuando en la economía y en la política todavía reproducimos los esquemas y formas neoliberales y republicanas que no conciben con la construcción de una nueva Bolivia aún seguimos bajo la sombra del colonizador.

3. Aprender a ser gobierno

Qué podemos decir de los años, décadas y siglos de exclusión de esa gran mayoría de pobres convertidos en anónimos, que de pronto, después de siglos de lucha y de autogobierno de sus espacios territoriales frente a la ausencia estatal sólo presente para la represión, el impuesto o la expropiación, “toman el cielo por asalto” y son gobierno. Son muchos años de negación de su identidad y al mismo tiempo de resistencia desde ella, de marginación en salud, educación y otras condiciones de vida humana junto a la exclusión de la gestión y los procesos de decisión estatales. Debido a eso la construcción del Estado Plurinacional se debate entre la reproducción de los viejos hábitos estatales del Estado republicano, como herencia colonial, y la aún tímida intervención de la identidad plurinacional de los pobres para institucionalizar una nueva forma de ser Estado, con una nueva forma de gestionar y organizar el poder que haga posible el sentido filosófico y político del “vivir bien”.

Entonces, ¿tendremos que acudir a los aliados, a los viejos partidarios de izquierda, a las clases medias incorporadas, a los funcionarios de experiencia del antiguo Estado –hoy en funciones– para que asuman la gestión y hagan más eficiente el Estado, y para responder efectivamente a los grandes retos industrializadores y de transformación que nos hemos propuesto? ¿Debemos abreviar los plazos y dinámicas de participación y consulta con los pueblos acerca de las leyes y propuestas de políticas públicas, y sustituirlas con planteamientos técnicamente trabajados por equipos de expertos para seguir con la premisa de lograr un Estado eficiente? Son temas en los que estamos discutiendo no sólo la eficiencia y la productividad, sino el sentido de la transformación social en marcha, donde los pobres podrían volver a ser una vez más objeto de políticas y caridades, pero no protagonistas de la revolución.

La aceleración de los ritmos y tiempos del proceso de cambio, y el desplazamiento de los indígena originario campesinos junto al movimiento popular como protagonistas, para dar lugar a militantes de la vieja izquierda, funcionarios y profesionales de oficio, serán parte de una tentación permanente; entonces podríamos estar repitiendo nuevamente la historia de hacer del Estado un instrumento de poder para subordinar y normar a las organizaciones sociales, o para convertirlas en beneficiarias pasivas en un proceso que tarde o temprano llevará a la confrontación.

Los ritmos de nuestra revolución deberían ser diferentes, primero, porque decidimos hacerla en democracia y en convivencia con quienes han sido parte del antiguo orden republicano (con el cual los procesos de confrontación y concertación tienen una lógica marcada por la correlación de fuerzas entre los actores sociales y sus proyectos políticos).

Segundo, porque el protagonismo del proceso de cambio, los actores indígena originario campesinos y populares, incorporados a la nueva institucionalidad, están aprehendiendo a construirla y muchas veces tienden a repetir el hábito del poder colonial antes que a incorporar la plurinacionalidad de la revolución en marcha.

Tercero, porque existe una enorme distancia en los tiempos y en la aprehensión tecnológico-educativa de los nuevos actores, que estuvieron totalmente excluidos del funcionamiento y la gestión estatal, y que hoy, en su gran mayoría inmersos en un proceso de aprendizaje, no logran traducir el proyecto estratégico revolucionario en la nueva concepción estatal.

Cuarto, porque en los niveles de conducción estratégica de la economía, que tiene que ver con las empresas nacionalizadas, no ha sido posible la transformación productiva que está inmersa en la del mercado transnacional de eficiencia y ganancia, por lo que se ha privilegiado el alto nivel de tecnificación junto a un diferenciado nivel salarial, espacios que sólo pudieron ser llenados por técnicos ligados a las transnacionales y al Estado neoliberal anterior.

Si nuestra revolución es capaz de generar “paciencia en la impaciencia” de los tiempos históricos –como escribía Tomás Borge–, es decir, entender e involucrar al conjunto de los actores sociales en el proceso de cambio, que no tiene como referencia una etapa electoral, sino un proceso estructural de transformación que nos llevará muchos años y mantiene su sentido estratégico en el tiempo, estaremos reivindicando la identidad plurinacional del pueblo como

el sentido fundacional del protagonismo político indígena originario campesino y popular.

Sin embargo, para lograrlo no bastan los discursos estatales, sino la acción revolucionaria de los propios movimientos sociales que se apropian de este espacio político. No basta explicar una tendencia presente en la Constitución Política del Estado Plurinacional, la de ver al

Estado como un instrumento creado por las organizaciones sociales para equilibrar las desigualdades y construir una nueva convivencia; es necesario que los movimientos sociales se hagan cargo de construir esas posibilidades para que el poder estatal no se reproduzca como privilegio y se llene de presencia y propuesta de pueblo, sólo entonces estaremos construyendo el “vivir bien”.

Idea Fuerza:

El proceso histórico colonial deducía que los pobres eran seres sin pasado...flojos o viciosos... y vistos como menores de edad, para justificar plenamente el ideario señorial. Estos fueron y todavía son los equilibrios ideológicos de la Bolivia señorial.

30

Actividades:

1. Generar una discusión en plenaria a través de la siguiente pregunta: ¿Cuáles son los rasgos principales de la discriminación interna que se ha institucionalizado en nuestra cotidianidad durante el proceso histórico colonial?
2. A través de una lluvia de ideas, identificar las dificultades que se han encontrado en la gestión pública a nivel municipal, departamental y nacional.

Instrumento político y Estado Plurinacional

1. Construcciones hegemónicas movimientistas

Cuando en diciembre de 2005 se clograba en Bolivia por primera vez una victoria apoteósica de las energías contenidas durante muchos años de historia en la memoria de los movimientos sociales, se iniciaba un proceso nuevo, un quiebre en la vida de este país; unos lo asimilaban con grandes esperanzas, otros con miedos contenidos y algunos incluso apuntando a mutarse políticamente según las circunstancias. En todo esto parecía que habían tomado contacto histórico dos fuerzas fundamentales para el cambio revolucionario: por una parte, los movimientos sociales como vanguardia del enfrentamiento con el Estado republicano y colonial; por otra, la vieja izquierda que fue capaz de alinearse individualmente en el proceso, advirtiendo que soplaban vientos de transformación.

Fueron años de incomprensión y desacuerdo histórico entre las fuerzas que apuntaron finalmente a fundar una nueva Bolivia. La vieja izquierda, que de forma clasista, o bien se había

concentrado en sectores de clase media que repetían las consignas teóricas sin entender este país y lo que pasaba en él, o bien había mostrado, bajo la entelequia movimientista, la capacidad de mutación según las circunstancias, para convertirse rápidamente en progresista neoliberal, ayudando a endulzar el discurso y las acciones del Estado neoliberal.

No obstante, también había una vanguardia histórica arraigada en las masas y principalmente en los mineros (que durante décadas fueron el rostro del proletariado revolucionario enunciado por los clásicos del marxismo), entre los que la izquierda de clase media buscó arraigarse y encontrar el sentido revolucionario de la historia. Pero a pesar de esta presencia, cuya máxima expresión revolucionaria orgánica era la Federación de Mineros y la propia Central Obrera Boliviana, existía un discurso de enfrentamiento clasista que construyó sentidos y mártires frente a las dictaduras que fueron la opción permanente de los sectores dominantes, que históricamente habían sido inca-

paces de construir un sentido de patria para todos.

El movimientismo fue el intento más serio en ese camino, logrando apropiarse de las victorias populares del 52 y alcanzando una primera irrupción de masas en el Estado en creación. Sin embargo, las nuevas dictaduras y los nuevos gobiernos democráticos transitorios fueron la evidencia histórica de que los cambios movimientistas y su idea de país, junto a la de Estado nacional, era la de reorganizar el poder para generar una mejor explotación, objetivo cumplido históricamente durante años por los grupos de poder en la mayoría de los países latinoamericanos.

Esta intención movimientista, como discurso dominante a lo largo de varias décadas, permitió el potenciamiento económico de nuevas élites regionales y el reposicionamiento político de viejas élites familiares; pero también el potenciamiento político de la vanguardia proletaria tras la cual la izquierda buscó proponer una salida socialista en la que los “obreros esclarecidos”, junto a la clase media, fueran capaces de arras-

trar a la “mayoría india y excluida” a un proceso revolucionario de inclusión democrática.

También los dirigentes indígenas y originarios, por un camino propio, empezaron un proceso de recuperación de su propia historia, además de un enclave académico de avanzada en las universidades, desde donde empezaron a recuperar la historia escrita y volcarla sobre sus comunidades. La izquierda había hecho muy poco en ese sentido debido a una opción ideológica que consideraba solamente a los obreros como revolucionarios, y a los campesinos, originarios e indígenas como propietarios pequeño burgueses y por tanto carentes de capacidad ideológica para sumarse en un primer momento a la revolución.

Desde entonces empiezan los caminos paralelos de estos actores políticos que iniciarían luego la nueva historia, pero que a pesar de ello no



dejaron de tener encuentros, fusiones momentáneas y distanciamientos en el camino de la confrontación con el Estado republicano y colonial, principalmente con su versión neoliberal. Por otro lado, en ese largo camino que históricamente recorrimos, las izquierdas –con las limitaciones ideológicas con las que juzgaban la

realidad– realizaron demasiadas conversiones y concesiones para acomodarse en el mundo liberal, mientras el proletariado quedaba solo y aislado en la confrontación, en la que sus dirigentes no supieron medir el tamaño de la derrota y las nuevas condiciones en las que el nuevo modelo plantearía su atomización y dispersión.

2. La herencia de las izquierdas

No podemos negar que junto a los procesos de transformación ocurridos a lo largo de la historia republicana de nuestros países, hubo intelectuales y organizaciones de izquierda que ayudaron a dar un curso específico a los acontecimientos y transformaciones sociales inscritas en leyes o bien en las propias Constituciones. También fueron esas izquierdas las que ocuparon el papel del pueblo en diversos momentos y circunstancias, confirmando que la colonialidad también era

parte del discurso de los “salvadores libertarios”.

En definitiva, encontramos que quienes escribían la historia de los vencedores y aun de los vencidos, eran los mismos colonizadores que se atribuyeron el mandato de construir a nuestros países bajo los mismos parámetros con los que podemos juzgar nuestra historia hoy. Desde una mirada colonial, de derecha o de izquierda, se reproducía esa perspectiva de que los pueblos indígena originario campesinos o bien eran seres sin alma o bien eran ovejas que debían ser arrastradas por la oleada revolucionaria del proletariado, o en su defecto por el partido de izquierda y sus dirigentes.

No debemos olvidar que hasta la nomenclatura de



izquierdas y derechas es parte de la colonialidad de la política; existen parámetros de medición o de representación que fueron propios de la experiencia burguesa revolucionaria francesa, que definitivamente desde nuestra realidad simplemente sirvieron para un reacomodo de sectores dominantes y subalternos, aunque no se puede dejar de mencionar que en medio de ello las vidas, los ideales y las luchas que transcurrieron le dieron sentido corpóreo a una identidad política en muchos países latinoamericanos. En realidad, son precisamente esas señales testimoniales las que nos permiten hablar de una herencia latinoamericana de izquierda, junto a los procesos de mayor democratización en la transformación formal de nuestras sociedades.

Hemos tenido izquierdas de todo tipo en nuestro continente, desde aquellas que nunca lo fueron, pero que en el calor de las transformaciones de un mundo señorial absolutamente cerrado a cualquier forma de democratización se hicieron revolucionarias (y por tanto de izquierda), hasta la izquierda histórica y formal, que importó las lecturas marxistas, creó organicidad y se agotó en su papel nacionalista y desarrollista que lo apostaba todo a la modernización capitalista como etapa necesaria de la

revolución socialista, a tal grado que tuvo varios deslices con los grupos de poder locales, aunque en algunos casos esas alianzas individuales u orgánicas permitieron “dulcificar” el sistema en sus versiones nacionales o neoliberales, mediante la generación de mayor inclusión ciudadana a través de políticas sociales.

También tuvimos izquierdas radicales que, convencidas del proyecto revolucionario, se involucraron con diversos sectores y actores sociales para hacerlos parte del proceso revolucionario definido por ellos mismos como el camino del desarrollo de nuestros países. Hubo presencias heroicas e importantes, en muchos lugares la izquierda logró carta de ciudadanía con la sangre derramada de sus militantes, que se mezclaba o era una con la del pueblo movilizado (que desesperado tomó la violencia como un instrumento transformador frente a la violencia cotidiana que lo atropellaba sin sentido y sin final).

No obstante, a pesar de los dolores históricos compartidos, esa izquierda revolucionaria junto a la que se había negado y se había hecho oficialista no terminaron de delinear una construcción colectiva con las organizaciones sociales y los movimientos sociales que siempre se hacían presentes en

las luchas, definiendo su propio horizonte político al margen del de los partidos. No pudieron o no lograron entender que más allá de las recetas se encontraba el pueblo real y, en el caso boliviano, la mayoría indígena originaria campesina que tenía un proyecto estratégico basado en su propia memoria histórica y que buscaba un interlocutor que le permitiera entroncarse con el proceso revolucionario de hoy.

De alguna manera, la colonialidad se hacía manifiesta en la forma en la que las direcciones revolucionarias se llevaban adelante; los sectores intelectuales y de clase media reproducían de forma “amable” la señorialización de nuestras sociedades, no sólo en la etnización, sino también en la mirada paternal con la que asumían a las organizaciones sociales.

Bolivia ha resumido muchas de nuestras historias continentales. La perspectiva de Estado nacional con la que se crearon nuestros países, basados en fronteras territoriales que tenían que ver más bien con los intereses de las oligarquías locales, generó una superposición territorial sobre los pueblos indígenas y originarios que ya existían y que habían sido sometidos, aunque la idea misma de Estado siguiera existiendo como identidad y como autoridad, este fue el caso de Bolivia. Otros países

que no contaban con esa identidad política tan fuerte en su territorio optaron por su exterminio o la “reservización”, aislando a los pueblos indígenas, mientras miles de migrantes europeos se trasladaban a ocupar territorialmente los Estados.

Este proceso económico de explotación desde la Colonia se enganchaba con la República a través de la minería y la tierra. Miles de comunarios indígenas, obligados a ser mineros como parte del servicio heredado de la mita colonial, se convirtieron en una nueva institucionalidad estatal, como indios-mineros en el naciente proletariado, que organizado empezó sus propias batallas. Es en las primeras décadas del siglo XX que cierta intelectualidad tiene acceso a las primeras lecturas marxistas y crea partidos como el PIR y el POR, que politizan las luchas sindicales mineras, dándoles armas teóricas para convertirse en vanguardia del proceso revolucionario durante gran parte del siglo XX.

Sin embargo, y a pesar de la acumulación de la memoria histórica de clase, el proletariado y su entidad matriz, la COB, fueron vencidos finalmente en silencio por el neoliberalismo en los 80. En todo ese tiempo la izquierda era una minúscula opinión o era clandestina, o hizo grandes alianzas electorales que carecían de proyecto alternativo

frente al capital y el mercado. Finalmente, en tiempos neoliberales se autoexilió o bien practicó una suerte de “entrismo” al Estado para mejorar los planes sociales.

Siempre en esta historia oficial, también de izquierda, hubo una historia paralela: la de las organizaciones y movimientos sociales, principalmente indígena originario campesinos, que dibujaban paso a paso su propio proyecto político, diferenciado de esas izquierdas que los usaban o los ignoraban. Los movimientos indianista de los 60 y el Katarista de los 70 dieron lugar a un pensamiento propio y a organizaciones políticas con protagonistas aymaras y quechuas, que interpelaban y eran rechazados por izquierdas y derechas. Junto a ellos se

ubicaba la naciente identidad política de los migrantes que habían llegado como colonizadores a las zonas cacaoneras como el Chapare, y que paso a paso dieron un curso político a su reivindicación económica y cultural, en oposición a un estatismo antimperialista que los reprimía cotidianamente en su actividad.

Estos movimientos sociales, junto a los barriales y urbanos –que desde la conciencia de la defensa de sus recursos fundamentales como el agua, y luego el gas, en una visión de país– son los que dieron plataforma real a un nuevo sentido político, que no podía apoyarse en los partidos del neoliberalismo, de izquierda o de derecha, y optaron por la construcción de un instrumento político propio.

3. MAS-IPSP, el instrumento de los movimientos sociales

La constitución del Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos (IPSP), finalmente Movimiento Al Socialismo (MAS) como sigla prestada para poder acceder a los procesos electorales bloqueados por la política formal, expresa en su recorrido precisamente la irrupción de los movimientos sociales desde las calles y las movilizaciones hacia las urnas y el gobierno.

Algunos de los elementos fundamentales que explican su proceder político inicial hablan de una reacción frente a la exclusión política y al “partidismo” jerarquizado de derechas y de izquierdas, que habían, una vez más, señorializado la participación electoral y el derecho a la participación política. Por eso el MAS se crea en el horizontalismo asambleísta de la toma de decisiones y en el marco

de la tradición sindical de organización y participación.

Pero además, en su contenido programático expresa la politización de las acciones reivindicativas de las organizaciones sociales, que históricamente fueron reprimidas por la derecha y despreciadas por la izquierda. El sujeto social y el sujeto político se encontraban separados intencionalmente por el sistema político; el MAS fue capaz de construir una síntesis entre lo social y lo político que dé lugar a la representación política directa de los movimientos sociales, sin intermediación, para evitar lo que la historia política de los partidos había hecho hasta ese momento: traicionar el mandato de los mandantes y electores.

En una interpelación histórica a los partidos, se plantea ser expresión de la diversidad y la pluralidad, dando lugar orgánico a que la mayoría se exprese en la representación política directa de ellos mismos, sin dejar de ser parte de sus organizaciones (más bien ser parte de ellas es lo que da lugar a la pertenencia en el instrumento donde se mezclan militantes, adherentes y simpatizantes). En el sentido clásico del Marx, la clase se asu-

mía como instrumento político frente a la oposición capitalista.

Esta síntesis política de la plurinacionalidad, y de las clases populares que confluyen como organizaciones y movimientos sociales, da lugar al instrumento que sin dejar las formas tradicionales de lucha y presión en torno a reivindicaciones locales y nacionales produce además una cada vez más clara definición de lucha por el poder.

Los espacios que gradualmente fueron ganados electoralmente desde las alcaldías del Chapare, hasta los curules parlamentarios, expresaban este avance político donde la relación entre los movimientos sociales y el liderazgo era el eslabón fundamental, convirtiendo al instrumento en espacio de organización electoral (un papel por demás efectivo en todas las elecciones en las que se participaron). Esta doble vía de acción transforma-



dora puede explicar, en cierta medida, tanto el éxito del MAS en la obtención del poder político como los niveles de legitimidad que se mantienen desde por lo menos el año 2002.

Su clara definición antimperialista, marcada por la lucha cocalera, que acuñó un liderazgo y definió ideológicamente un comportamiento político más allá de la tradición de izquierda o derecha, expresaba que los espacios políticos se ganan con acción política que genera la capacidad de sumar y hegemonizar las distintas corrientes ideológicas y a los sectores sociales enfrentados con el sistema neoliberal.

La esencia campesina y cocalera del MAS en sus inicios se fue transformando para dar lugar a una representación nacional que, sin dejar de expresar a la plurinacionalidad y a los pobres, va internalizando polí-

ticamente la propuesta política de los sectores más politizados, que albergaban una profunda reivindicación nacionalista, pero también la reivindicación indianista de la identidad que implicaba necesariamente un discurso descolonizador y un liderazgo asumido en su identidad india.

En ese marco, las clases medias se acercan inquietas por lograr respuestas frente a la incertidumbre que irradiaba el sistema neoliberal y, con el pasar del tiempo, sectores de izquierda que habían navegado en aguas neoliberales y otros grupos descontentos se suman al proyecto del proceso de cambio, algunos con sincera convicción, pero muchos otros por oportunismo político para copar espacios de conducción, asumiendo que el instrumento no contaría con cuadros políticos para ello.

4. El MAS y el Estado Plurinacional

Una estrategia política exitosa dio lugar al primer gobierno de Evo Morales, y también a las sucesivas victorias electorales y políticas sobre la oposición en los primeros cinco años. El sustento se encontraba en el liderazgo fundamental y el apoyo militante de los movimientos sociales a un horizonte político colectivo en construcción, que empezó un debate histórico y real en la Asamblea Cons-

tituyente, donde la filosofía política de las utopías se enfrentaba con el pragmatismo del poder y la colonización.

En un país donde el Estado republicano no construyó inclusión y pertenencia sino más bien represión, discriminación y exclusión institucionalizada, fueron las comunidades indígenas originario campesinas las que sin dejar de demandar su inclusión

construyeron autonomías de facto para poder sobrevivir, reconstituyendo su propia identidad. La presencia de ese no-Estado institucionalizó en el debate constituyente dos salidas históricas para la reconstitución del país: la primera, institucionalizar la plurinacionalidad a través del impulso de las autonomías como existencia de la autodeterminación de los pueblos; la segunda, la constitución de un Estado de todos y todas que exprese la plurinacionalidad, pero que además sea el instrumento de los pueblos en la realización de las tareas históricas. Estas características debían ser asumidas por el nuevo Estado y los movimientos sociales.

El despliegue del Estado Plurinacional, luego del Referéndum Constituyente y el inicio de un nuevo periodo presidencial de Evo Morales, contaba con ese nuevo mandato, que de alguna manera había transcurrido ya en el primer periodo de gobierno. Ahora bien, en lo que corresponde al instrumento político, lo que empezó a hacerse cada vez más evidente es que la forma más eficaz de éste para el proceso de cambio se expresaba en la existencia del Estado Plurinacional en su relación con las organizaciones sociales a través

de políticas públicas y las obras que permitían la materialización de la nueva forma de hacer política, identificada con la figura del liderazgo.

El MAS, cuya existencia se ha visto cada vez más relegada en este proceso de transformación constitucional al de un organizador electoral, no ha tenido la capacidad de proponer un nuevo rol político para la profundización de la revolución. Sin mayor orientación política, sin propuesta política propia o más bien relegada al respaldo de las políticas públicas estatales, desde distintos niveles la militancia ha reproducido las prácticas de los partidos tradicionales que van desde el prebendalismo hasta la desesperada búsqueda de espacios de poder, que han perfilado una concepción fetichista del poder como la



búsqueda compulsiva de espacios de decisión dentro del Estado y de las organizaciones –sean sociales o políticas–, concentrando la mayor parte del esfuerzo y las capacidades de las personas e instituciones en la lógica de que sólo desde esos espacios se puede generar el cambio.

El papel histórico que se le atribuyó al MAS en este proceso, como articulador político entre organizaciones sociales y liderazgo, en el marco de la construcción del Estado Plurinacional, perdió sentido por la relación directa entre organizaciones y Presidente, más aún cuando las propias organizaciones conforman su propia instancia de propuesta y movilización para la Asamblea Constituyente con el Pacto de Unidad y luego en las movilizaciones en defensa del proceso de cambio con el CONALCAM.

Esta conjugación audaz entre instrumento y movimientos, que permitió detonar la institucionalidad del cambio, se convierte desde el gobierno en una limitante política porque la militancia (que en parte se encuentra presente en los movimientos sociales y en el propio Estado) toma como tarea central el acomodamiento de militantes en espacios estatales. Y si bien, como señala Mayorga, no se han logrado constituir élites oligárquicas que decidan de forma permanente, algunos militantes piden cuotas para cumplir con las demandas de sus mandantes.

Dicha condición expresa de forma dramática la condición en la que el proceso de cambio se encuentra hoy, porque en teoría el instrumento debía tener un rol fundamental en la intermediación entre Estado y sociedad, que le permita al MAS canalizar y dinamizar la participación e incidencia de las bases en las políticas públicas, así como aportar con propuestas para la toma de decisiones políticas en el gobierno. Es imprescindible generar un debate nacional sobre los grandes cambios necesarios y el horizonte político en su relación con la gestión estatal, así como aportar con cuadros políticos comprometidos y capaces para el manejo del aparato estatal,



pero también en las propias organizaciones sociales.

Sin embargo, esta función articuladora y dinamizadora a veces se convierte en su contrario, no sólo cuando la militancia pelea por espacios de representación que carecen de gestión efectiva, sino cuando se dan peleas internas dentro de la propia militancia por el reparto de espacios laborales y no por una más efectiva y comprometida línea política en la gestión. Muchas organizaciones sociales en el segundo mandato de Evo han entrado en procesos de franca desmovilización en el apoyo a medidas que no se explican adecuadamente y cuyo senti-

do político no comprenden. Por otra parte, algunas organizaciones habrían pasado de tener una visión de transformación nacional e integral, es decir revolucionaria, a buscar únicamente reivindicaciones sectoriales y parciales, confrontando las propuestas nacionales del gobierno. Entonces, la experiencia ampliamente democratizante de los movimientos sociales en el proceso de transformación pone sobre la mesa el debate (necesario) sobre la relación que debe existir entre la forma movimiento y la forma partido, para hacer posible y sostenible este proceso de transformación social que vivimos.

5. La estructura orgánica del instrumento

La organicidad del instrumento, dotado de las características históricas de los movimientos sociales, que son “flexibles al mismo tiempo que inestables”, ha resultado ser exitosa y altamente efectiva al momento de movilizarse contra el neoliberalismo y para alcanzar las sucesivas victorias electorales del proceso de cambio en las urnas. Sin embargo, ese papel activista y movilizador, sin trabajo de formación, hace que los militantes y simpatizantes lo vean como un espacio de pegas.

En el MAS existen actitudes en pugna entre, por una parte, la corrupción,

el individualismo y la lucha por espacios individuales de poder, y por la otra, la búsqueda del sentido comunitario de lo político, el compromiso, la ética revolucionaria y la toma de decisiones democráticas. No se tiene un canal orgánico que permita la formación y la amplia deliberación sobre la militancia y el control social de las responsabilidades que se asumen en los espacios estatales, por tanto, es evidente que existe una ausencia de liderazgos masistas locales en las diferentes regiones del país y una escasez de cuadros adecuadamente formados. Esta ausencia incide directamente en

la capacidad del MAS de abordar seriamente y de manera sostenible su estructuración y expansión a nivel nacional y la forma en la cual podrá realizar sus funciones revolucionarias.

Un factor relacionado con la estructura es la claridad tanto en las “cadenas de mando” como en el direccionamiento ideológico y programático. ¿Qué hay que hacer para ser del MAS? ¿Qué hay que leer y a qué idealario hay que suscribirse para autodefinirse como masista? Estas preguntas, extrapoladas a los espacios de toma de decisión dentro del instrumento, y sobre las personas y niveles institucionales que tienen autoridad en el mismo, muestran un escenario de confusión de las bases ante la forma en la cual pueden y deben relacionarse con el mismo.

Se deben analizar el ritmo y los espacios de expansión de la estructura del MAS, entendiendo que su principal fortaleza se halla en los sectores rurales; sin dejar de lado que el crecimiento del proceso de cambio y su desbor-

damiento a las ciudades ha planteado nuevos desafíos por la incorporación de otros sectores sociales y grupos que no son parte de estructuras sindicales. Por otro lado, en el caso de la presencia estatal, que hoy realiza obras en todo el país y concentra al pueblo en torno al liderazgo y a las acciones del gobierno (que se relaciona con las autoridades locales en funciones), el instrumento está ausente y muchas veces carece de organicidad propia.

Desde la fundación del MAS existe una relación directa entre la organicidad sindical-comunitaria y la organicidad del instrumento, que si bien es su cualidad democrática, es también su debilidad, al no poderse gestar una organicidad que asuma las tareas propias que plantea el hecho de ser instrumento. Existe pues una disyuntiva que de alguna forma orgánica no termina de definir el equilibrio entre una política de cuadros y una política de masas, ambas necesarias para continuar con el proceso de transformación.

6. El liderazgo evista

Definitivamente, existe una relación de acumulación histórica entre el liderazgo de la revolución y su organicidad política. Cuando en el 52 la Revolución se materializó en las manos de los mineros y obreros en las ciuda-

des, el poder político le fue otorgado al movimientismo y a Paz Estenssoro; eso significa que las demandas y la lucha de los trabajadores habían calado hasta la perspectiva nacionalista que el MNR construyó desde las

escasas clases medias que pugnaban por el poder frente a la oligarquía. El liderazgo que el pueblo había elegido estaba reflejando también la profundidad de las transformaciones de la Revolución, y ante el miedo a la masa desbordada se recreó la institucionalidad estatal con los parámetros que habían sido heredados del viejo Estado, incluidas las jerarquías señoriales y el Ejército.

La Revolución Democrática y Cultural emerge en su versión institucional a partir del 2006, sin embargo, contiene características diferentes que nos permiten encontrar históricamente la veta de encuentro entre las narrativas de corto y largo plazo en Bolivia. Definitivamente, la identificación del liderazgo evista significó para las masas, dentro la narrativa de corto plazo, la posibilidad de representarse a través de un luchador social que había sido ca-

paz de enfrentarse a los gringos, de ponerse al frente de sus bases en el enfrentamiento, de levantar la voz ante los gobiernos; en fin, de poner de nuevo en vigencia la necesidad de la dignidad como propósito de país. Ello le permitió sumar al proyecto a sectores sociales más allá de las bases cocaleras, que además habían puesto de manifiesto en su lucha la debilidad de la economía nacional, que había obligado a una parte de la población expulsada por la onda privatizadora y de dependencia a refugiarse en la producción de la hoja de coca, y a otros, en la delincuencia del narcotráfico.

Ese era el país que se mostraba a sí mismo después de casi 20 años de neoliberalismo, subordinado a los intereses foráneos, a los que se les entregó las principales empresas estratégicas del Estado, bajo la oferta de modernización y trabajo que nunca llegó para los bolivianos. Pero además, en un mundo político excluyente y partidocrático, con un mismo discurso desde la izquierda o la derecha: “O nos incorporamos a cualquier precio en el competitivo mundo del mercado o perecemos”, las voces disidentes no dejaron de sonar y de ser marginales empezaron a volverse representativas e importantes, y comenzaron a ganar alcaldías y curules con la consigna



fundamental de que el neoliberalismo no podía ser la única salida.

En ese transcurrir, el MAS y el MIP se empezaron a posicionar en sus respectivos espacios rurales con liderazgos claramente identificados, que expresaban la existencia también de dos corrientes diferenciadas sobre la construcción alternativa al neoliberalismo. Por un lado, el MIP de Felipe Quispe logró una importante representación en el campo aymara y planteó desde la CSUTCB un discurso claramente indianista y reivindicativo de la existencia de la otredad india en Bolivia; sin embargo, las consignas reivindicativas del nacionalismo aymara no le permitieron generar un discurso inclusivo de lucha con otros sectores y regiones del país, y las traiciones internas y actuaciones individuales desgastaron esta opción política, cuyo líder

se estancó en la crítica personal a los nacientes liderazgos, en lugar de hacerse parte del debate por la construcción de un nuevo país.

En cambio, el MAS partía de otras bases sociales, los cocaleros, que son una identidad intercultural creada por la expansión de sectores campesinos hacia áreas económicamente más rentables, y en muchos casos guardan relación incluso territorial y de producción con su lugar de origen. Aunque se trata de aymara y quechua parlantes, el castellano se convirtió en el principal puente de encuentro, vínculo organizativo y de las luchas sectoriales en la defensa de su nueva territorialidad y espacio de producción. Muchos de ellos, migrantes de más de dos generaciones, incluso han olvidado su idioma originario y han creado una nueva cultura de convivencia en torno al sindicato y la producción de la coca, que al mismo tiempo se ha convertido en su identidad política.

Evo Morales es el representante de ese movimiento, que fue capaz de interpelar no sólo a la política tradicional, fusionando lo social con lo político sin intermediarios partidarios, sino que además supo sumar las oposiciones al modelo neoliberal en una gran alianza con



los movimientos sociales, que desde distintas aristas cercaron al Estado neoliberal. Esa capacidad de sumar a los diversos le otorgó una nueva identidad política al nacionalismo de izquierda, y desde el indianismo aymara y de otras identidades no sólo se identificó al liderazgo como uno popular, sino que el asumir a Evo como uno de ellos significó que la identidad india se encontraba plenamente reivindicada para empezar una nueva historia. Eso implicaría en términos políticos una agenda diferenciada y a veces contradictoria para lograr conciliar la pluralidad de visiones en la construcción de un mismo país.

El liderazgo evista concentró la energía histórica del proceso de transformación, que por distintas corrientes y en distintos momentos pugnó por la revolución. Como líder, Evo fue capaz de tender los puentes de encuentro entre la diversidad, entre lo sindical y lo comunitario, entre el protagonismo indio y el nacionalismo que reivindica la patria como espacio territorial y subjetivo, de encuentro y pertenencia de todos y todas. Y aún más, cuando este líder muestra su desprendimiento de la lógica del enriquecimiento en el poder, junto a una disciplina de trabajo

más cercana a la vida cotidiana del pueblo, expresa una posición ética sobre el poder y la política que será reivindicada permanentemente por él en los espacios mediáticos, a la par de la entrega constante de obras para los sectores más alejados del país. El Vicepresidente, a su estilo, también acompaña con su actitud y reflexión académica esta nueva ética en la política.

El crecimiento del liderazgo, que incluso en los momentos más conflictivos le sigue reconociendo las acciones políticas y económicas desarrolladas por el gobierno, no cuenta con un acompañamiento real y orgánico por parte del instrumento y de las propias organizaciones sociales.

El MAS, carente de procesos de formación política y de promoción de nuevos liderazgos, con dirigencias sin el suficiente reconocimiento



político orgánico, no ha mostrado propuestas de incorporación del crecimiento desmedido del vínculo de la población con el instrumento, y peor aún, ha provocado que esa participación y militancia sean desviados hacia la posibilidad de espacios de poder local o de la distribución de puestos de trabajo en alcaldías, gobernaciones y otras entidades del Estado, ganadas con el voto gracias a la figura del líder más que a la de los dirigentes locales.

Por su parte, los movimientos sociales que propiciaron el proceso de cambio y su defensa en el primer periodo presidencial retornaron a su identidad orgánica de organizaciones sociales con demandas y reivindicaciones propias frente al Estado. El papel protagonista y estratégico otorgado por la Constitución a los movimientos sociales se quedó acorralado por la presencia del Estado y el liderazgo, que son los que asumieron la vanguardia de los procesos de transformación. Por otro lado, las organizaciones sociales se han limitado a ser benefactoras de las obras entregadas o a conformarse con que sus dirigentes sean incorporados en las estructuras estatales, generando una suerte de

vaciamiento orgánico de las propias organizaciones.

Definitivamente, no existe un equilibrio político entre los dos sujetos políticos definidos en la CPE para sostener el proceso de cambio: el Estado Plurinacional y los movimientos sociales. Y dicha condición impide el debate abierto y deconstructivo del país que estamos construyendo. Hoy es más imperioso que nunca que exista un proceso de construcción orgánica del instrumento, pero también de las organizaciones sociales, que permitan dotar de una agenda estratégica al Estado Plurinacional.



Idea Fuerza:

1. El movimientismo del 52 tuvo una nueva idea acerca del país y del Estado Nacional, sin embargo la explotación y las desigualdades sociales no desaparecieron. En esa época se generó el potenciamiento económico y político de nuevas élites regionales y viejas élites familiares. Empero, a la vez, se empoderó políticamente a la vanguardia proletaria, tras la cual la izquierda buscó proponer una salida socialista en la que los “obreros esclarecidos” junto a la clase media, fueran capaces de arrastrar a la “mayoría india y excluida” a un proceso revolucionario de inclusión democrática.
2. La opción ideológica de la izquierda, consideraba solamente a los obreros como revolucionarios, mientras que a los campesinos-originales e indígenas los consideró propietarios pequeño-burgueses y por tanto, carentes de capacidad ideológica para sumarse, en un primer momento, a la revolución. Los políticos de entonces no lograron entender que, en el caso boliviano, la mayoría indígena originaria campesina sí tenía un proyecto político basado en su propia memoria histórica y que buscaba un interlocutor que le permitiera entroncarse con el proceso revolucionario.
3. Frente a la exclusión política y al partidismo jerarquizado de derecha y de izquierda, se creó el Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos (IPSP), finalmente llamado Movimiento al Socialismo (MAS). Este hecho significó la irrupción de los movimientos sociales, desde las calles donde se movilizaban, hacia las urnas y hacia la dirección del gobierno. El MAS fue capaz de construir una síntesis entre lo social y lo político que dio lugar a la representación política directa, sin intermediación, de los movimientos sociales. Este instrumento político fue un articulador político entre las organizaciones sociales y el liderazgo político nacional, en el marco de la construcción del Estado Plurinacional.

Actividades:

1. Conformando subgrupos del grupo global de formación política, se debe elegir a un dirigente hombre o mujer que pueda relatar su experiencia, durante 10 minutos, acerca del proceso revolucionario del 52 hasta el presente. Con este insumo, el grupo debe generar un debate analítico, reflexivo y propositivo que compare el pasado con el presente. Las conclusiones del trabajo serán presentadas en plenaria a todos los participantes en general.



1. El sentido de los conflictos. Tensiones creativas y destructivas

La condición actual de los conflictos en crecimiento puede explicarse a través de los elementos comentados anteriormente, que toman forma en la decisión política gubernamental, en la actuación de las organizaciones sociales y en una oposición político-mediática siempre atenta a tomar ventaja frente a un escenario desfavorable a la transformación política institucional, que no tome en cuenta el proceso de cambio como variable fundamental.

Las variables que en un principio aparecían como el ineluctable producto de las férreas alianzas y de la permanente adhesión ciudadana al proceso de transformación hoy nos brindan una lectura diferente en el transcurrir político, a pesar de la consolidación institucional del proceso con la nueva Constitución y las leyes fundamentales aprobadas. La etapa en la que vivimos corresponde a la de la institucionalidad estatal y la incorporación histórica del Estado Plurinacional en la historia como constructor

de la constitucionalidad, con un proyecto político macro frente a quienes debían ser el motor fundamental de la transformación estructural del país: las organizaciones sociales.

Lo que ha ocurrido en el manejo político de estos años es en realidad lo que el Vicepresidente señaló hace tiempo cuando afirmó que “este es un gobierno de los movimientos sociales”, reflexionando también sobre las tensiones que provoca la contradicción entre la figura del Estado, que tiende a centralizar el poder, y la de los movimientos sociales, que tienden más bien a democratizarlo. La conjunción de ambos elementos es lo que permitirá la transformación revolucionaria.

Cuando dichas tensiones naturales en el poder permitan rectificar las acciones de Estado, y cuando las organizaciones sociales vean el horizonte estratégico de la construcción social, estaremos convirtiendo verdaderamente las contradicciones en creativas –en palabras del Vicepresidente–,

o estaremos manejando adecuadamente las contradicciones secundarias en el seno del pueblo –a decir de Mao Tse Tung. Si no ocurriera esta “situación creativa”, transitaremos a un proceso de destrucción paulatina del propio proceso de transformación.

La conclusión parece apuntar a que el Estado no puede ni debe asumir la tentación de absolutizar su poder, ni las organizaciones sociales deben olvidar que ellas mismas son las constructoras de la plurinacionalidad

como forma de estatalidad para politizar a la sociedad en procura de la construcción estratégica de una nueva sociedad. La fórmula que inscriba esta síntesis hará posible la profundización del proceso revolucionario que vive Bolivia.

A continuación realizaremos un balance político de las tensiones y su desenlace en los momentos fundamentales de la coyuntura que vivimos, enmarcadas en el análisis estructural que realizamos en la primera parte de este ensayo.

1.a. El contexto constituyente

Debemos recordar –y la memoria siempre será la de los pueblos– cómo llegamos al momento constituyente en el que la plurinacionalidad por primera vez pudo expresar su proyecto de país. Tuvo que haber un proceso acumulativo de largo aliento –en el que la lucha de los sometidos jamás se dio por vencida–, junto a la crisis neoliberal de reciente memoria, para producir un momento constitutivo con la elección del primer Presidente indio del país y una propuesta constituyente de un nuevo acuerdo para Bolivia.

También habrá que recordar que el MAS, en el magno evento constituyente, no proponía más que 10 puntos y que fue el Pacto de Uni-

dad, constituido por las principales organizaciones indígena originario campesinas (IOC), el que enarbó la propuesta de la mayoría (que subrayaba el proyecto hegemónico IOC de transformación revolucionaria para el país), que aunque fue deliberada y matizada por los otros representantes a fin de generar la incorporación de sectores urbanos y mestizos, y a pesar de las grandes coincidencias con la minoría, fue enfrentada en las calles y en las plenarias para obstaculizar la viabilidad de un proyecto general.

Los sectores minoritarios, aun con importante presencia política y territorial, lograron incidir el proyecto de Constitución aprobada

en Oruro, “empatando” las dos visiones de país que se encontraban enfrentadas. La de mayoría, inclusiva y que permitía la presencia protagónica de los pueblos IOC, y la de minoría, republicana y liberal, que marcaba claramente las dimensiones del proceso. En definitiva, se dejaba a la historia la capacidad de construir puentes de conviven-

cia creativos para hacer posible la plurinacionalidad, sin embargo, se postergaban al mismo tiempo tensiones históricas provenientes de distintos proyectos de país, que entienden de manera diferente el desarrollo, la convivencia entre las economías en la pluralidad, o los mismos derechos entre lo individual y lo colectivo.

1.b. El Estado Plurinacional y el liderazgo

La CPE le otorga un papel fundamental al Estado Plurinacional junto a los movimientos sociales: recuperar los recursos naturales hipotecados y vendidos por el neoliberalismo para beneficio de todos los bolivianos; construir institucionalmente la nueva estatalidad plurinacional que permita una nueva etapa de “nacionalismo” en el que el país recupere el orgullo de la identidad plurinacional que tenemos; y recuperar la territorialidad para el país, muchos años a expensas de expropiaciones extranjeras, poderes locales o de invasiones populares que asumieron la inexistencia del Estado en Bolivia.

Para llevar a cabo todo eso era necesario un liderazgo histórico, que no sólo representara el protagonismo de los IOC, sino también el carisma de quien refleja la voluntad

política de cambiar el país: el presidente Evo Morales, quien asume la vanguardia de los principales cambios estructurales a desarrollarse desde el Estado y convierte al Estado Plurinacional en el principal actor político de las transformaciones en el país.

Durante su primer mandato se aplicaron medidas estratégicas como las nacionalizaciones, y se confrontó a los sectores de poder minoritarios que se atrincheraron en la territorialidad departamental y en la propiedad de los medios de comunicación, situación que tuvo un primer desenlace con la desarticulación política de las minorías y la victoria estratégica del proyecto de cambio, hecho que fue acompañado por siete victorias arrolladoras en las urnas con el respaldo popular para continuar el proceso.

El segundo mandato fue vislumbrado como el momento en el que debían desarrollarse las tareas estratégicas de transformación del país. Hasta entonces se habían logrado importantes victorias simbólicas en el proceso de inclusión, que abarcaban políticas de redistribución de la riqueza, permitiendo bajar los niveles de extrema pobreza que históricamente nunca habían sido afectados. Esto, además de la inclusión política de actores IOC en todos los ámbitos estatales.

Estos avances estratégicos, junto a la creciente confianza en el liderazgo, impidieron analizar que el proyecto de gobierno propuesto por el MAS para el segundo mandato era una propuesta fundamentalmente desarrollista, elaborada principalmente por los ministerios y que ya contenía los proyectos hoy interpelados. Con el protagonismo estatal plenamente asumido en el contexto político, donde el Estado es poder y éste se ejerce como sentido, se despliegan las certidumbres del desarrollo junto a un convencido nacionalismo que plantea una nueva historia para el país, en la que la transformación de las condiciones estructurales de pobreza de la mayoría implica la generación de nuevas posibilidades de acceso a mejores condiciones de vida con electricidad, agua potable, caminos,

etc., que permitan mayores empleos, salud y educación. Es decir, en las circunstancias democráticas de transformación sólo es posible construir condiciones de equidad, si desde el Estado se crea la infraestructura para permitir el acceso a los principales recursos de vida a la mayoría postergada y excluida.

Así se explica la insistente recurrencia a subrayar el ahorro de reservas internacionales que bordean los \$us 13.000 millones para sostener este proceso, pero también la manera en la que se justificó el intento de nivelación de los precios a fines del año 2010. En otras palabras, el país entraba a una nueva etapa en la que se debían saldar las cuentas dejadas por la historia neoliberal, e invertir en las grandes tareas estratégicas y no en pagar las deudas de la dependencia.

Un segundo tema tenía que ver con la construcción de la nueva estatalidad, con un nuevo principio de poder basado en la legalidad y la legitimidad en la aplicación de la CPE y las leyes, y que necesariamente generaba una separación con la sociedad civil para normar la convivencia y definir el sentido de soberanía a través del Estado Plurinacional. De esta manera, la lucha contra el contrabando, la invasión de tierras, la explotación ilegal de

recursos y la misma Ley contra la Corrupción Marcelo Quiroga Santa Cruz, definen un horizonte de estatalidad que encontraría sus propios

límites en una sociedad civil que se siente parte del Estado y demanda ser escuchada por quienes están en funciones como servidores públicos.

1.c. De movimientos a organizaciones sociales

Esta condición estatal que se metamorfoseaba con el poder tenía una historia paralela en los propios movimientos sociales que habían sido los protagonistas de las principales transformaciones revolucionarias políticas frente al neoliberalismo. Además, ese reconocimiento se encuentra claramente expresado en la Constitución cuando se dice que el Estado Plurinacional es la expresión de los movimientos y organizaciones sociales. La CPE propone un

equilibrio de poder para cuidar que el Estado Plurinacional sea un instrumento del pueblo y no un poder separado por sobre la gente, en el sentido clásico.

Sin embargo, los movimientos sociales, constituidos principalmente por los IOC como vanguardia del proceso de cambio, luego de lograr las principales victorias acompañando la formalización electoral del proceso, asumieron que el Estado Plurinacional eran ellos y se reple-



garon a pelear por una mayor participación institucionalizada, convirtiéndose varios dirigentes sociales y de los pueblos IOC en funcionarios públicos. Los movimientos sociales se descabezaron y volvieron a ser organizaciones sociales, con su estructura orgánica y sus demandas específicas, en las que operó un paulatino proceso de despolitización; las demandas se convirtieron en sectoriales y eran básicamente económicas, sin ningún contenido propositivo para seguir profundizando el proceso de transformación del país.

Las exigencias sobre el Estado Plurinacional “llovieron”, sin asumir la corresponsabilidad en el proceso. La COB se movilizaría, al igual que los mineros cooperativistas, los movimientos regionales como el de Potosí o el de Oruro, los pueblos indígenas del oriente, sectores vecinales de El Alto y también provinciales como en el caso de Ca-

ranavi; en definitiva, se pulverizó el tablero de la demanda estratégica para pedirle al Estado Plurinacional su parte de los recursos provenientes de la redistribución; aspiración legítima, pero que reflejaba los límites políticos que tenía el proceso para sostener a los sectores movilizados e incondicionales del proceso de cambio. Simplemente delegaron esa labor al Estado y prefirieron demandarle recursos.

Por su parte, el Estado asumió plácidamente la tarea de la redistribución, de la entrega de recursos de los beneficios compartidos como objetivos constitucionales, entendidos como la ampliación de la equidad como derecho, pero también como la reproducción de una forma de poder IOC que desde la mejora de su calidad de vida avanzaría en un proceso auto determinativo que haría posible el “vivir bien” como proyecto de país.

1.d. Masismo, nacionalismo y desarrollo

En este proceso de construcción de la institucionalidad, ¿cuál ha sido el papel del Movimiento Al Socialismo (MAS-IPSP)? El instrumento político exitoso en las urnas (obtuvo todas las victorias electorales) y de descomunal crecimiento político como única fuerza nacional, en realidad se fue vaciando de

contenido político revolucionario y se limitó a sostener el “Evismo” presente en la movilización de masas.

Ese liderazgo, como cabeza de la nueva institucionalidad, convierte al Estado Plurinacional en el nuevo instrumento político y económico, con presencia en los confines del te-

ritorio. Es a partir de las instancias de Estado que los funcionarios estatales llegan a transmitir información, apoyar en los proyectos locales de las alcaldías, otorgar recursos con el programa Evo Cumple y definitivamente a ser presencia política de Estado.

El MAS como identidad política victoriosa, que congregaba a las organizaciones sociales, se convirtió en el mismo freno del desarrollo político de la transformación revolucionaria, cuando emparentó el horizonte político estratégico con la participación personal de los militantes en el Estado, dejando de plantearse el desarrollo revolucionario del proceso de cambio.

Por eso es comprensible el hecho de que exista más “Evismo” que “Masismo”. Esa es la realidad del contexto político en el que el liderazgo representa la principal potencia, pero también su mayor debilidad. Se trata de un liderazgo creado por las bases insurgentes a las que representa en su identidad, pero también en su negación de historia larga de colonialidad republicana y de la más corta, la neoliberal que había profundizado las exclusiones. Era expresión de la resistencia y la negación de una forma de construcción de la realidad, sin embargo, ella misma era

su limitación, pues el despliegue de un proyecto de país luego de la primera victoria electoral se convirtió precisamente en una reinención del nacionalismo, con tareas que además de discursos se hicieron hechos a través de la recuperación de los recursos naturales, la inclusión de la diversidad en la política y en la economía, y el papel atribuido al Estado para redistribuir recursos y construir una nueva legitimidad estatal basada en presencia real que acompañaba una nueva legislación constitucional.

Por primera vez el país en su conjunto empezaba una nueva historia nacional con todos y todas. Por tanto, en este contexto no es del todo extraño que la idea del nuevo nacionalismo se asociara a la del desarrollo de las fuerzas productivas para generar un proceso de redistribución que permitiera a la mayoría excluida ser parte de un país del que nunca lo fue como derecho ejercido. Sin duda alguna, en un país donde lo único que se ha democratizado y ampliado de forma permanente es la miseria, es comprensible entender que desde una perspectiva de la mayoría IOC la ampliación de las posibilidades de vida y la inclusión pasen por permitir a los más pobres el acceso a los recursos básicos.

Este nacionalismo no deja de ser una versión del capitalismo social, que asume que sin dejar el mercado se puede lograr una mejor redistribución a través del Estado, que es el que atenúa las diferencias sin generar confrontación e impulsa la construcción de la igualdad de oportunidades como proceso que permite

una mejor correlación para hacer posible cambios estructurales mayores en la sociedad. Sin embargo, en el caso boliviano, paralelamente se tiene que proponer la eliminación de la colonialidad y la dependencia para hacer posible el “vivir bien”, que es un proyecto alternativo más allá del capitalismo.

Idea Fuerza:

1. Estamos en una etapa de incorporación histórica del Estado Plurinacional y de la nueva Constitución Política del Estado, la misma que incorporó el proyecto político de quienes fueron el motor fundamental de la transformación estructural del país, a decir, las organizaciones sociales.
2. En el manejo político de estos años, afloró la contradicción entre la figura del Estado, que tiende a centralizar el poder, y la de los movimientos sociales, que tienden más bien a democratizarlo (Álvaro García L.). La conjunción de ambos elementos es lo que permitirá la transformación revolucionaria de la Sociedad Boliviana. Cuando las tensiones naturales del poder, permitan rectificar las acciones de Estado o visualizar el horizonte propositivo de las organizaciones sociales, estaremos convirtiendo las contradicciones en procesos creativos al servicio del pueblo (Mao Tse Tung). Si no ocurriera esta “situación creativa”, pasaremos a destruir paulatinamente el propio proceso de transformación revolucionaria.

Actividades:

1. En grupos de tres personas, identificar dos contradicciones presentes en el manejo de poder a lo largo de estos once años de gobierno dentro del Estado Plurinacional. Posteriormente socializar en plenaria los hallazgos generados en grupo, para identificar colectivamente las acciones que permitan al gobierno convertir las contradicciones en proceso creativos al servicio del pueblo.



Lo que es con
EVO

es con

NOSOTR@S



Lo que es con

EVO

es con

NOSOTR@S

1. El liderazgo evista

En un proceso revolucionario en avance y de construcción hegemónica, el mayor reto consiste precisamente en su cada vez mayor democratización y no en su concentración estatal. La tarea estatal es generar y acompañar progresivamente procesos de autodeterminación de las organizaciones sociales, que los lleven a hacerse cargo del proceso de convivencia y reproducción de la vida. Es un camino largo, en el que hay que invertir recursos y esfuerzo revolucionario. El liderazgo de Evo seguirá siendo fundamental para el cambio, pero cada vez se vuelve más necesario contar con una política de cuadros que construyan liderazgos locales, y que permitan una mayor descentralización de la política y de la capacidad de decisión.

Tenemos Evo para mucho tiempo, a pesar de las confabulaciones de la oposición que no ha perdido su poder económico y político, de los medios de comunicación, de

las fallas que se suceden en la gestión pública, y de la falta de iniciativa estratégica del instrumento y de las organizaciones sociales. El reto fundamental es cómo fortalecer la organicidad y la conciencia popular para apropiarse cada vez más del proceso, para asumir las tareas estratégicas de la construcción revolucionaria y construir el liderazgo



colectivo que haga posible el socialismo comunitario. No existen encuestas ni recetas que nos indiquen el camino, sólo la tenacidad de atreverse a sostener el cambio del orden

de las cosas, basados en una cada vez mayor participación popular en nuestra nueva historia. Para ello proponemos la reflexión propositiva de algunos temas.

2. Democratizar la democracia con más participación

Bolivia es un país construido por la fuerza espiritual de sus millones de habitantes, que desde la diversidad han decidido construir una nueva historia con todos y todas, sin que nadie se quede atrás, sin que ninguno sea excluido del derecho a aportar para construir el “vivir bien”; por eso se han inscrito las luchas, los sueños y los caminares en la historia pre colonial y republicana, junto a nuestros grandes retos de futuro, en la Constitución Política del Estado Plurinacional.

Nuestra historia termina y empieza de nuevo cuando decidimos que el principio de una Bolivia con todos y todas es el de la no exclusión de nadie, y que la diversidad de pueblos que vive en este territorio es nuestra principal riqueza. La pluriculturalidad es lo que le ofrecemos como aprendizaje al mundo y a la Madre Tierra, al enfrentar el reto fundamental de aprender a vivir juntos en el contexto de la historia republicana y con los sueños-realidades de nuestros pueblos, para hacer posible un futuro donde quepamos todos y todas.

La historia reciente, que finalmente quedó inscrita en la CPE, es la que acepta los retos del presente de hacer un país para todos, desde el oprobio del sojuzgamiento de la mayoría pero también desde la identidad plurinacional que nunca dejó de soñar con una nueva historia, sin odios ni venganzas, sin racismos ni exclusiones; en fin, un país donde los más olvidados tengan las mismas oportunidades que los que siempre las tuvieron. Por eso se crea un Estado Plurinacional que represente a todos y que sea capaz de construir posibilidades de futuro para el conjunto de los bolivianos; la mayoría eligió un Presidente que los represente, para que su liderazgo haga presencia de los millones de olvidados y al mismo tiempo recuerde que no existen invisibles en la nueva Bolivia, que todos cuentan y que nada será posible si la mayoría no participa y decide el rumbo del futuro.

El Estado que se ha creado con la nueva Constitución es un servidor público colectivo, que escucha y da

forma al mandato popular para hacer posible la Revolución Democrática y Popular. El Presidente es el representante de todas y todos los bolivianos, de la mayoría que lo eligió y de la minoría que está en desacuerdo; y fue elegido para escuchar a la mayoría y hacer que Bolivia deje de ser el país con más pobres, con grandes diferencias entre los más ricos y los más humildes, con mayor abandono en salud y educación, con menores oportunidades para los pueblos indígenas y las mujeres, con un crecimiento de la ilegalidad y del narcotráfico producto del desempleo y con una economía tan sólo basada en la explotación de recursos naturales. Nuestro país aún conserva y mantiene las cadenas de la dependencia colonial, que ha hecho de su vida cotidiana una permanente resignación a la impotencia, a la arbitrariedad, al abuso y a la exclusión institucionalizada.

Sólo así podemos entender el tamaño de los retos históricos que se tienen como país, que no son los de un partido o un movimiento (por muy grande que sea), tampoco los de un liderazgo que haga todo lo que los representados no hacen y menos los de un Estado que tiene como misión el represen-

tar no para sustituir, sino para motivar el protagonismo de una sociedad civil democratizada. Se ha avanzado, pero aún falta mucho para cumplir con los retos que propone la Constitución, con la corresponsabilidad entre Estado y sociedad. Es necesario potenciar a las organizaciones e instituciones de la sociedad civil en su capacidad propositiva y de gestión para que su iniciativa política acompañe, regule, interpele y proponga al Estado Plurinacional el rumbo conjunto que queremos para Bolivia, la forma estratégica de la constitución de espacios permanentes de deliberación sobre políticas públicas, que



deberíamos crear y sostener para que la democracia sea permanente, como decisión y convivencia entre los diversos. Son retos cuya respon-

sabilidad histórica es la del pueblo boliviano, que a través de los instrumentos creados construya la autodeterminación.

Idea Fuerza:

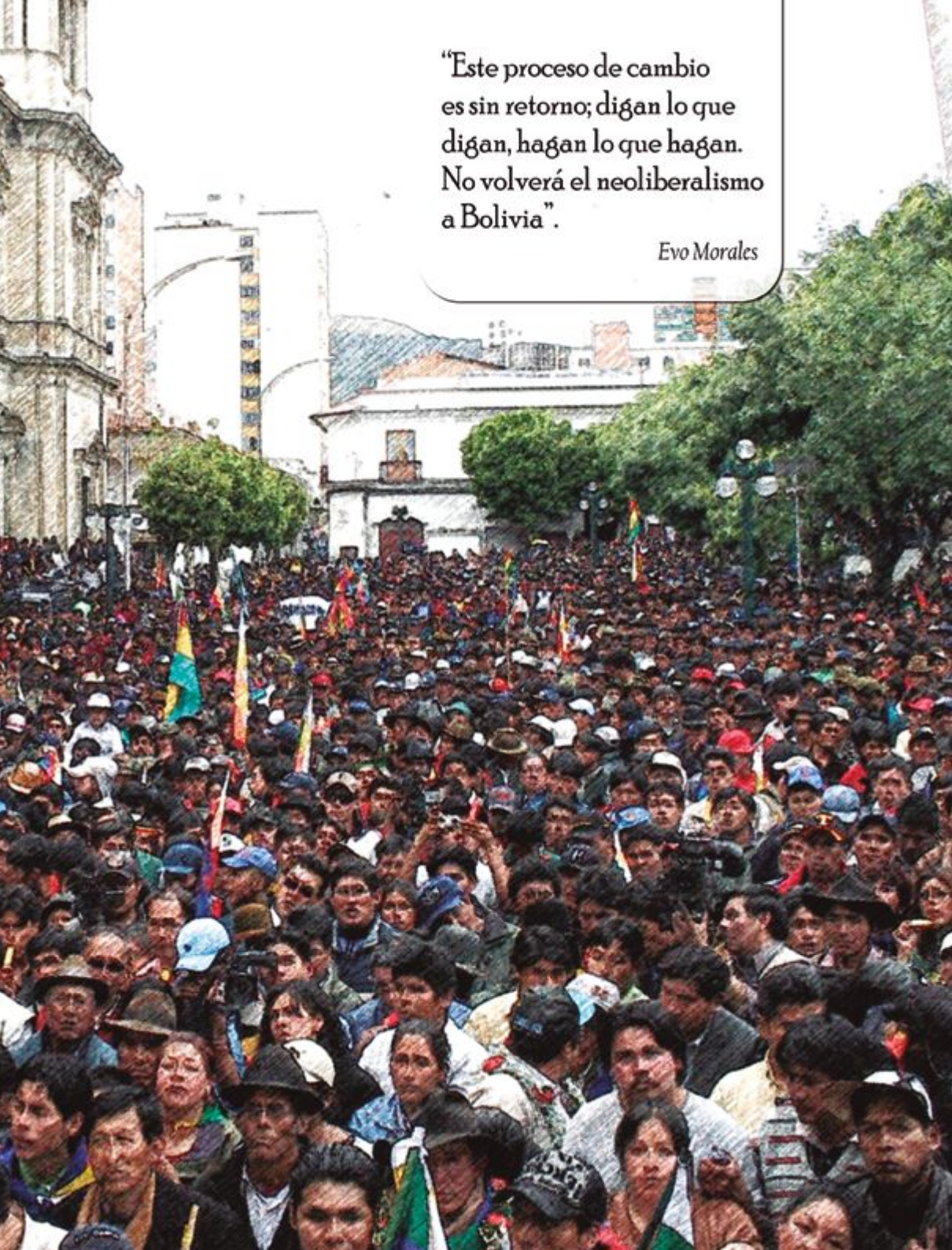
1. Si bien el liderazgo de Evo seguirá siendo fundamental para el cambio revolucionario, a la vez, es necesario contar con una política de formación de liderazgos locales que permitan descentralizar la capacidad de decisión. El reto fundamental es cómo fortalecer la organicidad y la conciencia popular que permita la apropiación colectiva del proceso de construcción revolucionaria del Socialismo Comunitario en el país. Se apunta a construir una nueva historia con todos y todas, sin que nadie esté excluido al momento de construir el “vivir bien”.

Actividades:

1. Conformar grupos de lectura del presente capítulo, posteriormente generar un debate al interior del grupo identificando los pilares sobre los cuales se puede seguir revolucionando el Estado Plurinacional de Bolivia de manera socialista y en el marco de la Constitución Política del Estado.
2. Socializar en plenaria los hallazgos grupales acerca de los pilares que permitirán seguir transformando el Estado. Posteriormente, sacar conclusiones globales entre todos los aportes. Una vez acabado el taller, transmitir las reflexiones generadas a las organizaciones sociales de base.

“Este proceso de cambio
es sin retorno; digan lo que
digan, hagan lo que hagan.
No volverá el neoliberalismo
a Bolivia”.

Evo Morales



**Cuadernos de
Formación Política
Serie: Senti Pensando
La ideología
Nº 2**

En el texto que les presentamos a continuación pretendemos proporcionar un balance del contexto en el que el proceso de cambio se ha desarrollado en estos once años. Condición necesaria para remontarse todavía más atrás en nuestra historia y entender que lo que ocurre en Bolivia sólo podría ser producto de variables que fueron capaces de dar forma a este momento constituyente que seguimos viviendo en el país.



Vicepresidencia del Estado
Presidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional
BOLIVIA

